

BOLSILIBROS
BRUGUERA



EDICIONES

B

Lou Carrigan

CON LA VELOCIDAD DEL RAYO



Lectulandia

Desde luego, todos los que vieron al jinete a su llegada a Pine Springs obtuvieron la misma impresión sobre él: alto, fuerte, muy ancho de hombros, buen caballo, buen revólver, barbudo, ojos de mirada inquietante, mandíbula saliente y agresiva... En conjunto, y sin lugar a la menor duda, aquel tipo parecía tener muy malas pulgas.

Lectulandia

Lou Carrigan

Con la velocidad del rayo

Oeste legendario - 70

ePub r1.0

Titivillus 17.05.2019

Título original: *Con la velocidad del rayo*
Lou Carrigan, 1983

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

CON LA VELOCIDAD DEL RAYO

LOU CARRIGAN

PRELUDIO

Bobo Loomis, el simpático y querido Bobo, dejó de golpear con el enorme martillo sobre la herradura,ladeó la cabeza para echar un vistazo al sol de cien mil diablos que caía delante de la herrería de Pine Springs, y luego la alzó para mirar el tejadillo de ramas de pino bajo el cual trabajaba.

—Qué demonios —pensó—. ¡Me voy a tomar una cerveza!

Cuando el feo, simpático, bonachón y hercúleo de Bobo Loomis dio unos cuantos golpes más a la herradura, la tiró al barril lleno de agua, y se sacudió las enormes manos, con las que docenas de veces, para deleite de la chiquillería del pueblo, había doblado herraduras como si fuesen de goma.

Se quitó el delantal de cuero, se puso la camisa que él llamaba «limpia», y se lanzó a la calle, relamiéndose mientras pensaba en la cerveza estupendamente fresca que iba a tomar en la cantina de Maxwell.

Pero también, al pasar precisamente por delante del banco de Pine Springs, pensó, recordó, que ya no le quedaba dinero, así que desvió la marcha hacia allá... Y mientras se acercaba al banco, una divertida sonrisa apareció en la caraza de Bobo.

—¡Ji, ji! —rió—, ¡Ji, ji, ji!

Con gesto decidido, entró en el banco, aullando:

—¡Manos arriba todos!

Los tres empleados se ponían en pie de un salto, alzando los brazos con el ímpetu suficiente para levantar una locomotora. Inmediatamente vieron a Bobo, que les apuntaba con un dedote, sonriendo, y que, antes de que tuviesen tiempo de reaccionar, dijo:

—Bang, bang, bang... ¡Los tres muertos!

La puerta del despacho del fondo se abrió, y apareció una muchacha, armada de un pesado rifle con él que apuntó a Bobo, mientras sus bellísimos ojos azules iban de un lado a otro, y su boquita sonrosada se apretaba en una mueca de determinación... Era una preciosidad de poco más de veinte años. Buena estatura, cuerpo espléndido, piel dorada por el sol... Una preciosidad.

Cada vez que la veía, el corazón de Bobo Loomis se convertía en una especie de traca china, estallido tras estallido.

—¡Bobo! —exclamó la muchacha—. ¿Qué pasa...?

Bobo apuntó hacia su sien el dedote que simulaba una pistola, puso los ojos en blanco y dijo:

—Bang: muerto.

Y cayó como un fardo en el centro del banco.

Por detrás de la muchacha apareció un hombre, muy parecido a ella, elegante, distinguido, con canas en las sienes, empuñando un revólver con temblorosa mano.

—¿Qué... qué... qué...? —gritó.

—Cálmate, papá —rió la muchacha—. Ha sido una broma de Bobo. Y vosotros —se volvió iracunda hacia los tres empleados, que continuaban brazos en alto—, bajad esos brazos. ¡Pandilla de conejos...! ¡De buena gana os echaba de aquí ahora mismo a puntapiés! ¡Si mi padre...!

—Bueno, bueno —quiso apaciguar Leroy Loring—. Se han asustado, hija, eso es todo. Y no han sido los únicos.

—Ya veo que no —refunfuñó la muchacha—. Será mejor qué guardes ese revólver en el cajón, padre; se te podría disparar y volarte la cabeza. Por el buen Dios; ¿esto es lo que haríais si alguien viniese a asaltar el banco?

—Oh, eso... —desdeñó Leroy Loring.

—¡Eso, sí! ¡Puede ocurrir en cualquier momento! Hace tiempo que esa banda viene asaltando bancos por toda la región, así que algún día nos tocará a nosotros. ¡Y ese día será la ruina del banco, porque nadie sabrá hacer frente a esos... a esos...!

—Éste es un banco modesto, hija —murmuró Loring—. No se molestarán por tan poca cosa.

—¡Ya no es tan modesto! Desde que los del ferrocarril reciben su dinero a través de nosotros desde la central de San Angelo, éste es un banco importante.

—Pero sólo los sábados, Gertrude —apaciguó de nuevo su padre—. Por un solo día que haya mucho dinero aquí...

—¿Crees que esos forajidos no estarán al corriente de eso? ¡Y les basta un día para dejarnos pasmarotes! ¿Queréis bajar los brazos de una maldita vez, estúpidos? Sois más blandos que un pastel de manzana... ¡Trabajando en el tendido del ferrocarril tendríais que estar, bajando el lomo, manejando el pico! Os pasáis el día sentados como emperadores, y cuando llega el

momento de hacer algo de verdad, os asustáis como gallinas cuando llega él coyote...

—Bueno —dijo Bobo Loomis, tendido en el suelo, con un codo apoyado en éste, y la barbilla en la mano—. ¿Y de los muertos nadie hace caso?

—¡Haz el favor de levantarte inmediatamente! —ordenó Gertrude Loring—. ¡Y te advierto que otra vez que hagas el estúpido te meteré una bala en la barriga!

Bobo, que se había puesto en pie con la velocidad del relámpago, miró mansamente a la excitada jovencita.

—Caracoles, Gertrude —protestó—. Antes te reíste de la broma. Y como yo sé que te hacen gracia mis brom...

—¡Eres un cretino!

—¿Por qué no te tranquilizas? —refunfuñó su padre—. No ha pasado nada, ha sido una broma de Bobo... ¡Y deja ese rifle de una vez, me estás poniendo nervioso! Y tú —miró a Loomis—, ¿qué es lo que quieres? ¿Qué haces aquí?

—Pu... pues, bueno, yo..., yo quería diez dólares de mi cuenta para tomar unas cervezas y...

—¡Me importa un pimiento para qué querías tu dinero! Pídeselo a Stimson y lárgate.

—Lo que tendría que hacer Stimson es sacar también dinero de su cuenta e ir a comprarse un revólver —dijo acremente Gertrude—. Y lo mismo vosotros, Gainess y Duggins.

—¿No... no... nosotros...?

—¡Mi dinero! —dijo una palmada Bobo sobre el mostrador, sobresaltándolos de nuevo.

—¡Deja ya de hacer el idiota, Bobo! —volvió a irritarse Gertrude—. ¡Te la estás buscando...!

—Bueno, ya está bien —masculló Leroy Loring—. Dadle su dinero a este gracioso y tengamos la fiesta en paz.

—Firma aquí —cacareó Stimson.

Bobo Loomis cobró sus diez dólares, saludó tocándose la sien derecha con un dedo, y se dirigió hacia la puerta. La abrió, se volvió, miró uno a uno a los cinco personajes, y de pronto, su mano volvió a convertirse en una «pistola», apuntando hacia los tres empleados...

—¡Bang, bang, bang! —dijo. Y salió corriendo.

Gertrude Loring dirigió una centelleante mirada a los empleados de su padre, que habían respingado fuertemente una vez más.

—Estamos listos si asaltan el banco —refunfuñó.

-Tonterías, hija —dijo Leroy Loring—. ¿A quién se le va a ocurrir asaltar un banco como éste?

CAPÍTULO I

Desde luego, todos los que vieron al jinete a su llegada a Pine Springs obtuvieron la misma impresión sobre él: alto, fuerte, muy ancho de hombros, buen caballo, buen revólver, barbudo, ojos de mirada inquietante, mandíbula saliente y agresiva... En conjunto, y sin lugar a la menor duda, aquel tipo parecía tener muy malas pulgas.

Pero que muy malas, pésimas pulgas. O dicho en otras palabras, muy mala uva.

Hacía una apacible, hermosa, bucólica, bella tarde en Pine Springs.

La primera noticia de que las cosas iban a cambiar la tuvo Peter Ormandy cuando se despertó al oír el piafar de un caballo en la calle, delante del porche. Santo Dios, ¿había alguien tan completamente loco como para montar a caballo a aquellas horas...?

Medio abiertos los ojos, vio a través de los sucios cristales de la ventana de su oficina, al jinete, que en aquel momento se disponía a desmontar.

El jinete desmontó, subió al porche, y se dirigió sin la menor vacilación hacia la puerta de la oficina de la ley, así que el *sheriff* Ormandy bajó los pies de la mesa, y decidió dar por terminada definitivamente su siesta, y puso cara y ojos de ver y entender.

El forastero entró en la oficina, se plantó delante de Ormandy, se tocó el ala del sombrero con dos dedos y dijo:

—Me llamo Glen Palmer. ¿Quiere mirar si estoy reclamado en alguno de sus boletines?

El *sheriff* Peter Ormandy se quedó estupefacto unos segundos. Absolutamente estupefacto.

—¿Cómo dice? —musitó por fin.

—Estoy en Texas ahora, ¿no es cierto?

—Sí... Pine Springs, condado de Culberson, Texas... Sí.

—Nuevo México ha quedado unas diez o doce millas al norte... ¿Exacto?

—Sí... Exacto. Esto es Texas.

—Bueno. ¿Quiere mirar si estoy o no estoy reclamado en este estado, por favor?

Ormandy parpadeó. Aquello, claro, debía ser una broma... Pero, tras estar unos segundos esperando la gracia por alguna parte, no la encontró, así que abrió un cajón de su mesa, sacó un montón de pasquines, y tras mirar al impávido forastero de los ojos claros, comenzó a pasar pasquines entre sus dedos. De vez en cuando dirigía una mirada al tal Glen Palmer, pero, tras volver a mirar el pasquín que había suscitado sus dudas, movía la cabeza negativamente, y seguían pasando papelotes.

Y tras contemplar con mal disimulada alegría el último pasquín, dijo:

—No, señor... No está usted reclamado en Texas, señor Palmer.

—Gracias. En tal caso, me quedaré unos días..., o una temporada. ¿Dónde puedo tomar un trago tranquilamente?

—El Bang Saloon es lo mejor de Pine Springs.

—Gracias de nuevo.

Volvió a tocarse el ala del sombrero, y salió de la oficina. Inmediatamente, Peter Ormandy volvió a examinar, con más detenimiento, todos los pasquines de captura que tenía apilados, ante él. Quizá se había equivocado... Sí, quizá. Porque aquel tipo, tenía una cara y una facha, tan fría, tan impávida, tan... despectiva hacia todo lo que le rodeaba, que no era ninguna locura pensar que fuese un reclamado; quizá por dos, o tres, o cuatro mil dólares... ¡Parecía tan peligroso...!

Mientras tanto, Glen Palmer se dirigía a pie por el centro de la calzada, hacia el Bang Saloon. Los tres viejos que fumaban en cachimba lo vieron llegar, expectantes. Luego, miraron hacia el caballo del forastero, que lo seguía, haciendo gala de una fidelidad en verdad notable. Ambos estaban cubiertos de polvo y resultaba difícil decidir cuál de los dos parecía más cansado. Probablemente, el hombre... Sin embargo, hombre y caballo pasaron por delante del saloon, y fueron hacia el establo público. Cuando los dos hubieron desaparecido en su interior, uno de los vejetes se quitó la cachimba de entre las encías y refunfuñó:

—Es un pistolero.

Los otros dos vejetes no contestaron. Ciertamente, ya no tenían apenas dientes, pero su vista seguía siendo excelente. Sobraba cualquier otro comentario. Tampoco lo hicieron cuando, pocos segundos después, vieron salir al forastero del establo público, donde, por supuesto, se había quedado el caballo...

—Un tipo que cuida de su caballo antes que de sí mismo, no puede ser demasiado bestia —comentó otro vejete.

Sin comentarios.

El forastero llegó ante el porche, los miró, impávido como si su rostro fuese de piedra, y subió, pasando cerca de ellos; sin volverlos a mirar. Tras él, las medias puertas batientes quedaron chirriando.

—Apuesto —dijo el tercer vejete— a que el pistolero va a llenar su panza de *whisky* a toda prisa.

Sin comentarios.

Por otra parte, el vejete se había equivocado. El forastero entró en el saloon, entornó los ojos, localizó al fin una mesa vacía y fue a sentarse ante ella. El hombre que estaba tras el mostrador lo estuvo mirando atentamente unos segundos. Luego, con gesto resignado, se acercó a él.

—¿Qué desea? —murmuró.

—Por el momento, nada. Le avisaré.

El hombre del mostrador quedó un poco perplejo, se rascó la coronilla, vaciló y por fin, volvió tras el mostrador, donde se dedicó a limpiar vasos y jarras, parsimoniosamente. Los demás clientes, más bien escasos, perdieron pronto su interés por el forastero. Era verdad que tenía cara de mala uva, pero toda su actitud era absolutamente pacífica.

No parecía capaz de molestar a nadie.

* * *

Casi dos horas más tarde, el forastero del rostro impenetrable se puso en pie, y se dirigió hacia el mostrador. Para entonces, la clientela había aumentado prodigiosamente. El jaleo era terrible, el ambiente estaba lleno de humo, se oían risotadas, ruido de botellas y vasos, apuestas de póquer en varias mesas...

El hombre del mostrador fue el único que se fijó en él con cierto detenimiento. Tenía sus motivos, porque, desde que había llegado, había permanecido en aquella mesa, impávido, inmóvil, inescrutable como una piedra. Y, desde luego, sin haber pedido nada para beber. Pasmoso:

Pero, por fin, parecía haberse decidido.

Llegó ante el mostrador, miró a ambos lados y pidió:

—Cerveza. ¿Cuánto vale?

El camarero parpadeó.

—Diez centavos.

—Muy bien.

Cuando el camarero regresó con la jarra de cerveza, vio sobre el mostrador dos monedas de cinco centavos. Las miró, miró al forastero y éste preguntó:

—¿Está bien así?

—Claro.

El forastero movió la cabeza en gesto afirmativo. Luego, muy despacio, fue bebiendo su cerveza, saboreándola, haciendo lo posible porque no se notase la gran satisfacción con que la ingería. Terminado el líquido, dejó la jarra sobre el mostrador, miró a su derecha, pareció rechazar algo mentalmente, y miró a su izquierda... Su mirada quedó fija en Tim Hayes, uno de los más fornidos capataces que dirigían los preparativos para el tendido de la vía férrea, a muy pocas millas de Pine Springs. Casi cada noche el hercúleo, simpático bonachón Tim Hayes se daba una buena cabalgada para ir a tomar unos tragos en el Bang Saloon, pacíficamente, riendo con todos, contando cosas divertidas...

El forastero apartó meticulosamente a los dos hombres que se interponían entre Tim Hayes y él, y ambos se lo quedaron mirando extrañados, y no poco molestos. También Tim Hayes lo miró sorprendido y algo mosca.

Ya no tuvo tiempo de nada más.

El puño derecho de Glen Palmer salió disparado, y chascó con escalofriante impacto, en la barbilla de Tim Hayes. Parecía que éste fuese una montaña, pero el puñetazo del forastero lo movió... ¡Vaya si lo movió! En realidad, casi lo levantó del piso, para derribarlo varias yardas más allá, arrastrando a otros clientes que bebían ante el mostrador.

Un instante de desconcierto.

Luego, Uno de los contertulios de Tim Hayes asió a Glen Palmer de una manga, airado.

—¡Oiga, amigo...!

¡Crak!, chascó el puño izquierdo de Glen Palmer en su barbilla, tirando al hombre encima de una mesa donde se jugaba al póquer. El otro amigo de Hayes comprendió que la cosa empezaba a ir en serio, y lanzó un terrorífico trastazo que acertó a Palmer de lleno en la barbilla... Y, sin embargo, Glen Palmer apenas acusó el golpe. Sonrió secamente, blandió de nuevo su puño derecho...

¡Crak!, crujió la mandíbula de su agresor, que también salió volando hacia la misma mesa, de póquer... Mientras tanto, Tim Hayes se había puesto en

pie, barbotando feas palabrotas, y su mirada fue como una flecha envenenada hacia el forastero. Detrás de su mirada, fue él, con la cabeza baja en dirección al vientre de aquel chiflado que, sin más ni más, la había emprendido a golpes...

—¡Pelea! —gritó alguien, jubilosamente—. ¡Peleaaa...!

* * *

—¡Hey! —farfulló Peter Ormandy, golpeando los barrotes de la celda con el manajo de llaves—. ¡Arriba, forastero!

Glen Palmer se quitó el sombrero de encima del rostro, miró el techo, se sentó rápidamente en el camastro, y su mirada quedó fija en el representante de la ley, a través de los barrotes.

—¿Qué pasa? —gruñó.

—Ya es de día, y aquí no se viene a dormir. Le traigo el desayuno.

Glen Palmer se puso en pie, fue hacia las rejas, y se quedó mirando el contenido de la bandeja. Una extraña sonrisa apareció, brevísimamente, en sus labios.

—Tiene tan buen aspecto como la cena de anoche. ¿Lo ha preparado usted?

—Mi mujer —refunfuñó Ormandy.

—Felicítela de mi parte. Y felicidades también a usted: debe comer siempre como un rey.

—Usted está loco —sonrió Ormandy—. ¿Por qué organizó todo aquel jaleo anoche?

—Porque después de pagar la estancia de mi caballo en el establo, sólo me quedaban quince centavos. Así que me tomé una cerveza, me lié a bofetadas con el más fuerte, y me trajeron aquí, donde cené y he dormido gratis... Con cinco centavos no habría tenido para nada. Y no era momento de abrir mi negocio.

Ormandy tardó sus buenos diez segundos en salir de la tremenda estupefacción.

—¿Es una broma? —exclamó finalmente.

—No. ¿Cuánto tiempo va a tenerme aquí dentro?

—Pues... ¿Tiene usted treinta dólares?

—Puesto que anoche me lo quitaron todo, ya sabe usted que no, *sheriff*.

—En tal caso, me parece que tiene para tiempo. El dueño del saloon quiere cobrar los daños. Y si no cobra en dinero, se quedará usted aquí algún tiempo, se lo aseguro.

—El programa no es malo para mí, teniendo a su esposa como cocinera —dijo Palmer, indiferente—. Pero si me quedo aquí, nunca pagaré los daños. Dígaselo así al dueño del saloon. Y dígale también que si salgo hoy mismo, dentro de tres días le pagaré esos treinta dólares. Quizá le convendría retirar su denuncia... ¿Qué suele cocinar su esposa para el mediodía, *sheriff*?

Éste estaba boquiabierto como nunca en su vida. Mientras tanto, Glen Palmer se hizo con el desayuno, y se fue a ingerirlo tranquilamente sentado en el camastro, como olvidado de la presencia del representante de la ley.

Y cuando pareció recordarlo, Peter Ormandy ya no estaba allí.

Pero reapareció unos veinte minutos más tarde, acompañado de un sujeto bajo y gordito, que, para asombro de asombros, tenía un bigote más grande y tupido que el *sheriff*: en cambio, era calvo.

—Oiga —masculló, mirando hoscamente a Glen Palmer—, si necesitaba usted dinero para cenar y hospedarse en el hotel..., ¿no le habría sido más fácil confiarme su problema? Puede que yo le hubiera adelantado...

Glen lo miró casi con miseratamiento.

—Yo nunca pido préstamos —replicó secamente.

—¿Y qué negocio es el suyo? Podría haberlo empezado ayer, en lugar de...

—Ya le he dicho al *sheriff* que no era el momento. Suelo empezar a trabajar a la luz del sol. Se ve mejor.

—Bueno. ¿Qué negocio...?

—Eso es cuenta mía.

—Muy bien. ¿Cómo puedo estar seguro de que va a pagarme?

—Porque lo digo yo.

El propietario del Bang Saloon frunció el ceño, se rascó la nuca, y miró, dubitativamente al forastero encarcelado. Luego al *sheriff*.

—No sé que hacer —farfulló—. ¿Qué me aconsejas, Peter?

—Hombre, si yo fuese tú correría el riesgo, la verdad —opinó Ormandy—. Perdidos por perdidos los treinta dólares, tendría la esperanza de cobrar. Pero si el señor Palmer paga con cárcel..., ¡adiós treinta dólares!

Maxwell volvió a rascarse la nuca, mientras Ormandy miraba casi con simpatía al forastero de la cara de piedra. Y no sólo por lo impenetrable, sino por lo dura...

—Está bien —suspiró Maxwell—. A mí no va a consolarme nada que usted se pase treinta días aquí dentro, así que... correré el riesgo de que usted se largue sin pagarme. Ábrele, Peter: retiraré la denuncia.

Dicho esto, dio media vuelta, y salió del departamento de celdas. Sonriendo, Ormandy abrió la puerta, y el forastero, tan tranquilo, salió de la celda, poniéndose el sombrero. Afuera, en la oficina, se colocó parsimoniosamente el revólver devuelto por Ormandy, y, tras tocarse el ala del sombrero con dos dedos, se dirigió a la puerta. La abrió y se volvió.

-Mis respetos y agradecimiento a su esposa, *sheriff* —dijo—. Espero tener el placer de saludarla en alguna ocasión... Y hasta espero convencerla más adelante para que me invite a comer. Hasta luego.

Dejando a Ormandy entre estupefacto, admirado y sonriente, Glen Palmer salió al porche, quedando deslumbrado un instante por la luz solar. Luego, se dio cuenta de que delante de la oficina de la ley parecía haberse congregado la mitad de los habitantes de Pine Springs, por lo menos, todos mirándole con curiosidad, produciendo un murmullo de comentarios, especialmente los chiquillos, que señalaban el magnífico y reluciente revólver de Glen Palmer, sujeto al muslo muy bajo en la vieja y flexible funda de buena piel.

Cuando Glen Palmer se dirigió hacia el establo público, la mitad de los habitantes de Pine Springs se fue tras él. Y cuando llegó al establo, la otra mitad estaba asomada a puertas y ventanas, contemplando a aquel sujeto que la noche anterior había alterado el orden en el tranquilo pueblecito tejano.

Desde la puerta de su saloon, Maxwell frunció el ceño al ver a Palmer entrar en el establo. «Ese tipo se larga», pensó.

Pero no. Glen Palmer no se «largó». Sólo cabalgó hasta la salida del pueblo. Allí, cerca de un grupito de árboles, descabalgó, dejó suelto a su caballo tras descargar las alforjas, y colocó, éstas en el suelo. Un segundo más tarde, estaba rodeado por los chiquillos, que no se perdían el menor de sus movimientos.

En cinco minutos, Glen Palmer dejó instalado su «negocio».

Primero, sacó una sartén llena de agujeros, que colgó de una rama por medio de un alambre. Luego, de las alforjas sacó otro revólver, con su correspondiente funda y cinto, que colgó a su vez de la sartén. Finalmente, sacó un rectángulo de madera como de un pie cuadrado, provisto ya de un grueso clavo, que hundió en el tronco golpeándolo suavemente con la culata de su revólver.

Hecho esto, se sentó con la espalda apoyada en el tronco del árbol, y comenzó a liar un cigarrillo, mientras algunos de los chiquillos que ya sabían

leer informaban a sus amigos sobre el contenido del cartel:

MATE MOSCAS EN PLENO VUELO

APRENDA A DISPARAR CON LA VELOCIDAD DEL RAYO

PONGA LA BALA DONDE PONGA EL OJO

Media hora 1 dólar (Los cartuchos los pone el cliente).

Cinco segundos más tarde, toda la chiquillería de Pine Springs se distribuía corriendo por el pueblo, gritando a pleno pulmón:

—¡El forastero enseña a disparar, el forastero enseña a disparar, el forastero...!

Y en menos de dos minutos, Pine Springs en peso quedaba enterado de que, por un dólar, en media hora se podía aprender a disparar con la velocidad del rayo, poniendo la bala donde ponían el ojo, esto es, matando moscas en pleno vuelo.

Casi nada.

CAPÍTULO II

En la herrería, el gigantesco y hercúleo Bobo Loomis, que había dejado de clavarle la última herradura nueva a un caballo, y estaba encendiendo un cigarro, que apestaba como si estuviese hecho con estiércol, aguzó los oídos, casi moviendo sus orejotas.

—¿Qué dicen, qué... qué...? —masculló.

Salió de debajo del tejadillo, entornando los ojos... Cuando segundos después, los chiquillos que gritaban pasaron por allí, agarró a uno por el fondillo de los pantalones, y lo alzó dejándolo suspendido ante él, con una sola mano.

—¡Suéltame! —aulló el niño—. ¡Suéltame, Bobo!

—Lo haré cuando me digas qué está pasando, Ronnie.

—¡El forastero enseña a disparar! ¡Ha puesto un cartel que lo dice, y cobra un dólar por media hora!

—¿Qué forastero? ¿El que anoche organizó, aquella buena pelea?

—¡Sí, ése...! ¡Suéltame!

Con todo cuidado. Bobo depositó al niño en el suelo, y quedó pensativo. Muy pensativo. Hasta que por fin, se dijo:

—Mira qué bien... Precisamente, ese tipo me pilla con dinero fresco...

* * *

—Hola —saludó Bobo—. ¿Qué tal? ¿Me enseña a disparar?

Glen Palmer miró al gigantesco herrero, y sin quitarse el cigarrillo de los labios, replicó:

—Para eso estoy aquí. El pago es por adelantado.

—Está bien. Ahí va un dólar, de momento.

—Muy bien. Vaya allá, descuelgue el revólver, póngaselo y vuelva aquí.

—Bueno.

Bobo obedeció. Y ya colocado el revólver, regresó, sonriente, feliz como un niño, junto a Glen Palmer, que lo estaba contemplando con risueño sarcasmo.

—¿Es usted cojo? —preguntó.

—¿Qué? —se pasmó Bobo.

—Que si es usted cojo. Al menos camina como si lo fuese.

—Bueno, es que...

—Vaya, el peso del revólver...

—No por lo que pesa, pues soy una bestia de fuerte, pero como no estoy acostumbrado...

—Lo primero que tiene que aprender es a olvidarse de que lleva un revólver... ¿Qué hora es?

—¡Las diez y media! —gritó alguien del público.

—Muy bien. Empieza la lección... Vaya allá y vuelva. Varias veces.

—Oiga, no me voy a pasar una hora yendo y viniendo, ¿eh?

—Lo tomaremos con calma. El maestro soy yo, no usted. Vamos, camine.

Bobo refunfuñó algo, y fue hacia el árbol del que colgaba la sartén, volvió, y dirigió una mirada expectante a Glen Palmer, que movió la cabeza pesarosamente.

—Otra vez —indicó—. Parece que tenga usted una pata de palo, amigo.

Se oyeron risas en el gran grupo de curiosos. Bobo volvió a refunfuñar, pero obedeció. No menos de diez veces fue y vino del árbol, y cada vez que miraba a Glen Palmer veía en su barbudo rostro aquella sonrisita entre sarcástica y conmisericordiosa. Por fin, el forastero hizo un gesto de resignación, y lo llamó con un gesto.

—Bueno, venga aquí... ¿Cómo se llama?

—Bobo.

Glen Palmer le dirigió una maliciosa mirada de soslayo, y se colocó junto a él, a su izquierda, con la mano derecha colgando como inerte hacia el revólver.

—Empezaremos a «sacar». Fíjese bien, señor Bobo: no se trata de ser ahora mismo el más rápido tirador de Texas, sino sólo de sacar el revólver a la velocidad que usted pueda desarrollar. Si va demasiado despacio, perderá el ritmo. Si va demasiado deprisa, el revólver se le escapará de la mano... ¿De acuerdo?

—Sí, señor —tembló de emoción la voz de Bobo.

—Bueno. Recuerde: sin prisas, a su velocidad... No, no, no. No debe mirar el revólver. Usted tiene que olvidarlo... Su revólver está ahí, pero usted

sólo lo recuerda cuando tiene necesidad de él. Entonces, usted tiene que tener la seguridad de que su revólver está ahí, siempre en el mismo sitio... En el sitio justo para la largura de su brazo, de modo que la mano, mientras va hacia delante, lo encuentre. Fíjese bien: lo encuentre, no lo busque... ¿Cree que lo lleva en su sitio justo, señor Bobo?

—Yo... yo creo que sí... ¿No?

—No. Demasiado bajo. La culata tiene que quedar de modo que si usted acerca el brazo, quede tocando la parte interior de su muñeca... De este modo, cuando usted tira del revólver, tiene tendencia a subirla ligeramente, y así, su brazo ya sigue subiendo, y en el momento de disparar, el revólver está exactamente a la altura de su cintura, que es desde donde se tiene que disparar... Los que para disparar alzan el brazo hasta la altura del hombro, más les valdría olvidarse el revólver en casa...

Hubo un murmullo de admirada aprobación entre los curiosos. Bobo asintió una vez más, apretó el cinto un par de agujeros, y la funda quedó un poco más alta. Una mirada de consulta a Palmer le hizo comprender que la cosa, si no bien, lo que se dice bien, al menos estaba un poco mejor que antes.

—De acuerdo. Ahora, colóquese de frente al blanco elegido... No junte tanto los pies, pues eso le impedirá moverse con la soltura necesaria si, de pronto, tiene que volverse para disparar hacia atrás, o para saltar hacia un lado... Eso es... Suficiente. Compruebe ahora que puede volverse hacia la derecha, hacia la izquierda...

Si tuviese que disparar hacia la izquierda, levante ese brazo, dispare por debajo de él; al levantar el brazo, queda más espacio para que el revólver se sitúe en línea de tiro a la izquierda... Bien. Usted va a disparar ahora contra la sartén: ése es su blanco. Es decir, no va a disparar esta vez. Primero, haremos unos cuantos saques de prueba. Más de frente al blanco... Tranquilo... Tranquilo, señor Bobo. Todavía no tiene que recordar usted su revólver, en este momento no recuerda que lo lleva. Cuando yo dé una palmada, será el momento... Al oír mi palmada, la sartén se convierte en un enemigo que ha aparecido de pronto... Hay que disparar entonces, hay que defenderse... Hay que...

¡Plaf!, batió palmas de pronto.

Bobo Loomis lo miró, sobresaltado, y luego fue velozmente a por su revólver... Lo agarró como si fuese un martillo, tiró de él... y el revólver salió disparado de su mano, hacia delante, cayendo sobre el polvo.

Bobo enrojció, mientras a su alrededor se oía un murmullo de decepción.

—No ha estado mal —dijo impávido Glen Palmer—. Casi le da usted a la sartén, señor Bobo. Pero hay que darle con la bala, no con el revólver, por favor.

Una carcajada colectiva contribuyó a que el sonrojó de Bobo fuese más intenso. Toda su cabeza parecía un enorme tomate. Recogió el revólver, lo puso en la funda, volvió a colocarse junto a Glen Palmer, y se quedó mirando fijamente a la sartén, esperando la palmada.

Un segundo, dos, tres... Diez, doce, trece... Veinte...

El hercúleo herrero volvió la cabeza, y su boca se abrió al ver a Glen Palmer liando parsimoniosamente un cigarrillo, como si se hubiese olvidado de su existencia.

—¿Qué esperamos? —musitó.

—Esperamos a que usted se asegure de que su revólver iba a disparar si fuese necesario, señor Bobo.

—¿Qué?

—Su revólver ha caído al suelo. En el suelo hay polvo, tierra, piedrecitas... Supongamos que una de esas pequeñas piedrecitas ha quedado pegada al culote del primer cartucho, de modo que, al caer el percutor sobre ella, impide el impacto en el fulminante. No habrá disparo... y su enemigo, que seguramente lleva limpio el revólver, lo matará. Pero consuélase: usted no tendrá tiempo de idearse a sí mismo su imprudencia, su descuido.

—¿Tengo que limpiar el revólver?

—Bueno... A mí no suele caérseme, pero, si sucediera, lo menos que haría sería sacar todas las balas, asegurarme de que están limpios los culotes, despejado el camino del percutor hacia el fulminante. Luego, montaría el percutor y dispararía un par de veces, a revólver vacío, para asegurarme también de que no había una piedrecita en los mecanismos que impidiera llegar el percutor a su destino. Entonces, pondría las balas, bien limpias, con tranquilidad, y... me sentiría muchísimo más tranquilo.

Nuevo murmullo de aprobación, de gran admiración. Bobo se dedicó a cumplir las instrucciones de su maestro. Cuando terminó, éste asintió con la cabeza, señaló la sartén, y colocó las manos en disposición de dar la palmada.

—Ya verá como esta vez... —empezó Bobo.

¡Plaf!

De nuevo respingó el herrero, se precipitó hacia su revólver, lo sacó con encomiable ímpetu... y el arma subió hasta su boca, con fuerza, partiéndole un labio... y volviendo a caer al suelo, un diluvio de risas acogió la nueva «hazaña» del querido Bobo Loomis.

—Esto va mejorando —dijo inexpresivamente el impenetrable Glen Palmer—. Por lo menos, esta vez el revólver le ha caído mucho más cerca. Sí... Quizá tuviese usted tiempo de recogerlo y disparar todavía contra su enemigo —Bobo se apresuró a recoger el revólver, volviéndolo a la funda—. Eso, en el supuesto de que una piedrecita no impidiese el disparo, claro.

Más risas.

—¿Tengo que volver a limpiarlo? —tartamudeó Bobo.

—Yo lo haría. Pero es que yo aprecio mi vida. ¿Y usted?

Más risas. Bobo volvió a realizar la operación, y de nuevo miró a su maestro, que le contemplaba con un destello casi amable en sus penetrantes ojos.

—No quiero estafarle, señor Bobo —dijo—. De modo que, a fin de ahorrarle unos cuantos dólares, será mejor que lo del «saque» lo vaya practicando usted en su casa. Así, cuando venga aquí, tendremos algo adelantado, y aprovecharemos el tiempo. ¿Le parece bien?

—Sí..., sí, gracias.

—Bueno... Vamos a disparar ahora. La sartén está sólo a unos diez o doce pasos, o sea que hasta un niño la acertaría. Saque el revólver a su aire, y dispare... ¿Qué hace usted?

—Estoy apuntando a la sartén —explicó tontamente Bobo.

—Ah... Bueno, la próxima vez que yo tenga que matar a alguien, le diré que, por favor, se esté quieto y tranquilo mientras yo le apunto con mi revólver... Quizá lo convenza.

Silencio. Y un estremecimiento colectivo en todos los curiosos. Las palabras de Glen Palmer parecían estar resonando, como en interminable eco, en todos los oídos: la próxima vez que yo tenga que matar a alguien...

—¿No debo mirar la sartén, apuntarla...?

—No. Simplemente saque su revólver, mire la sartén, y sin apuntarle, dispare contra ella. ¿Listo?

¡Plaf!

¡Bang! Sonó el disparo efectuado por Loomis, como un seco trallazo en la soleada mañana...

Glen Palmer alzó la cabeza, se puso la mano izquierda ante los ojos como visera, y estuvo unos segundos escrutando el cielo, sin que en su rostro apareciese la menor expresión. Por fin, bajó la mano, bajó la cabeza y miró a Bobo.

—Bueno —dijo—, ésa está ya por lo menos en México: no hay peligro de que nos mate.

La carcajada fue tremenda esta vez, y Bobo enrojeció de nuevo, mirando furiosamente al hombre que lo estaba poniendo en ridículo... con todo merecimiento.

—Oiga, de mí no se pitorrea...

¡Plaf!

¡Bang!, restalló de nuevo el revólver... Y Bobo Loomis dio un grotesco salto hacia atrás, bruscamente pálido, desorbitados los ojos, fijos primero en la nube de polvo que se había formado ante sus pies, y luego en su bota derecha, mordida por el plomo antes de que éste se hundiese en el suelo. El movimiento de sobresalto fue general, hubo una ligera desbandada... Cuando Bobo volvió a mirar a Glen Palmer, éste fumaba apaciblemente contemplando su bota mordida por el plomo.

Por fin movió la cabeza, sacó el dólar que le había entregado antes Bobo Loomis, y se lo metió en un bolsillo.

—¿A qué se dedica usted? —preguntó.

—Soy... el herrero de... del pueblo...

—Enhorabuena, señor Bobo; acertó el oficio.

Hubo más risas. De modo que Bobo volvió a enrojecer.

—¿Por qué me devuelve mi dinero? —susurró.

—Porque no quiero estafarlo. Usted nunca disparará bien, de modo que, ponerle a usted un arma, en las manos es una canallada... para usted mismo y para los demás. Luego llevaré mi caballo a su herrería, para que le ponga herraduras nuevas... Cuando haya recaudado lo suficiente, claro.

—Oiga —Bobo sacó el dólar, y volvió a meterlo en un bolsillo de Palmer—. Yo he venido aquí a aprender, y usted tiene que enseñarme... ¿No es lo que dice su letrado?

—Sí lo dice, señor. Pero intentar enseñarle a usted es poner en riesgo su propia vida y la de sus vecinos. Nunca sabrá manejar un revólver. ¿Por qué correr riesgos y gastos, entonces?

Volvió a sacar el dólar, metiéndolo en el bolsillo de Bobo.

—Mire, amigo —farfulló éste—, será mejor que cumpla su compromiso si no quiere que le parta la cara. Así que... ¡aquí está mi dinero, y a trabajar los dos!

Otra vez metió Bobo el dólar en el bolsillo de Palmer... el cual, lo volvió a sacar..., para volverlo a meter en el bolsillo de Bobo. Quien, a su vez, volvió a sacarlo, lo metió de nuevo en el bolsillo de Palmer, y, cuando comprendió que éste iba a devolvérselo una vez más, le largo un tremendo

trallazo a pleno puño derecho, que hizo crujir las mandíbulas del barbudo forastero, lo levantó del suelo, y lo tiró de espaldas varias yardas más allá.

Inmediatamente, se produjo la gran desbandada por parte de los vecinos de Pine Springs..., excepto por parte de Gertrude Loring, que se quedó como clavada en el sitio que había ocupado al llegar minutos antes, fija su mirada en el hombre que, poco antes, había dicho: «La próxima vez que yo tenga que matar a alguien»...

Aquel hombre se sentó, se tocó sus barbudas mejillas, movió las mandíbulas... y su oscura, inquietante mirada, se clavó de pronto en Bobo Loomis..., por el cual estaban ya rezando sus vecinos y amigos de Pine Springs, a distancia salvadora.

Lentamente, Glen Palmer se puso en pie, movió, la mano derecha, se inclinó, y con rápido gesto soltó la tira de piel de vaca que sujetaba el extremo inferior de su funda por debajo de la rodilla. Luego, desabrochó el cinto, se lo quitó, y fue a colgarlo cuidadosamente de la sartén. Después, se quitó la cazadora, se subió las mangas de la camisa, se colocó delante del petrificado Bobo, y, sin más le metió el puño derecho en plena boca, en un trastazo absolutamente impresionante, que dio con el hercúleo herrero en tierra.

—¡No va a disparar! —gritó alguien—. ¡Vamos a ver cómo Bobo le zurra!

Los curiosos regresaron a todo correr, mientras Bobo se ponía en pie, escupiendo un pegote de sangre..., pero sonriendo jubilosamente.

—Ahora verás, «maestro» —deslizó, relamiéndose.

Se acercó a Palmer, echó hacia atrás el puño derecho... y recibió un puntapié en pleno vientre, que le obligó a doblarse como si acabaran de partirlo por la mitad. Palmer le asió por los cabellos, alzó su rostro hasta que la barbilla quedó visible, y... ¡Crak! El impacto en la barbilla enderezó a Bobo, que volvió a caer de espaldas.

—¡Mi madre, cómo pega el forastero! —gritó alguien.

—¡Duro con él, Bobo! —gritó otro.

—¡Hazle tragarse todos los dientes!

—¡Machácale la...!

—¡Basta! —se alzó la voz de Gertrude Loring, por encima de las demás—. ¡Ya basta! ¡Sois unos salvajes todos! ¡Bobo, ven aquí!

El herrero se había puesto nuevamente en pie, evidentemente dispuesto a volver a la pelea, pero miró a Gertrude, vaciló...

—No te metas en esto, Gertrie: es cosa de hombres.

—¡No es cosa de hombres, es cosa de bestias! —rechazó ella—. Es cosa de hombres aprender a pelear para defender lo suyo, o su vida, pero esto es cosa de bestias... Bobo: si sigues peleando no voy a mirarte nunca más en mi vida... ¡Lo juro!

—Pero, Gertrie, quiero romperle la cara a este sujeto.

—¡No romperás ninguna cara! ¡Márchate, pedazo de bruto!

—Pues este tío no es manco, así que...

—No lo repetiré más, Bobo: un solo golpe más y dejarás de existir para mí.

El herrero frunció el ceño, y miró torvamente a Glen Palmer, que esperaba con una indiferencia total. Ni siquiera una sola vez había mirado a la muchacha, y, en realidad, parecía que incluso la presencia de Bobo le importase menos que una boñiga... En fin, cuando Bobo se alejó, mohíno y farfullando amenazas sobre un nuevo encuentro, Palmer recogió tranquilamente su cazadora y su sombrero, se puso ambas prendas, y luego fue a colocarse él revólver... No se oía más que el vuelo de algunas moscas. De esas moscas gigantes que se comen a mordiscos a los caballos.

—Y usted —dijo de pronto Gertrude Loring, señalándolo—, ya tiene otro cliente... Empecemos.

Glen Palmer la miró, se rascó la pelambreira por debajo del sucio sombrero, y luego fue a sentarse, con la espalda apoyada en el tronco del árbol.

—¡Le estoy hablando! —enrojeció Gertrude; y fue a plantarse delante de él—. ¡Atienda a su clientela!

Palmer la miró beatíficamente.

—No veo ningún cliente, señorita.

—Me estoy refiriendo a mí misma. Vamos, empecemos.

—No admito mujeres. Y usted misma dijo antes que esto es cosa de hombres, si no oí mal.

Hubo numerosas risitas, y Gertrude volvió a enrojecer.

—¿Tengo aspecto de hombre? —vociferó.

Glen Palmer volvió a alzar la cabeza, la miró de arriba abajo, y un destello pasó por sus ojos penetrantes. Un destello que provocó en Gertrude Loring el sofoco más grande de su vida. Luego, el forastero, sin replicar, volvió a bajar la cabeza, y sacó la bolsita de tabaco.

—Si usted no se levanta —dijo entre dientes Gertrude—, se va a armar aquí una buena... ¿Me oye?

Glen Palmer debía ser sordo, porque sacó el papel de fumar, vertió tabaco en uno, y comenzó a liar un cigarrillo.

—¡Le estoy hablando!

—No soy sordo —dijo Glen, sin alzar la cabeza—. ¿Sabe usted preparar pastel de manzana?

—¿Qué...?

—Ya veo que no. Bueno, vaya a ver a la esposa del *sheriff*, y dígame que le enseñe. Apuesto a que ella sí sabe... Y ésas; son las cosas que usted tiene que aprender, señorita.

—¡No es usted quién para decirme lo que debo aprender!

—En lo mío, sí: no hay clases. Mucho gusto —se tocó el ala del sombrero con dos dedos, sosteniendo en una sola mano el cigarrillo a medio liar—. Y buenos días, señorita.

—¡Ni buenos días ni nada...! ¡Le aseguro que usted va a enseñarme a disparar!

Glen Palmer volvió a mirarla, encogió los hombros, y se dispuso a terminar de liar su cigarrillo... Jamás lo conseguiría. Al menos, con aquel cigarrillo, que salió despedido por el violento manotazo de Getrude... Un murmullo brotó de la masa de curiosos... ¿Cuál iba a ser la reacción del forastero? ¿Liarse a golpes con Gertrie? No, claro...

La reacción del forastero, fue muy simple y benévola: sacó de nuevo la bolsita de tabaco, y el papel de fumar, comenzó a liar otro cigarrillo... ante el desencanto general. Gertrude había vuelto a enrojecer de rabia, y, de otro manotazo, echó a perder el segundo cigarrillo de Glen Palmer, que, ya sin mirarla esta vez volvió a sacar la bolsita del tabaco y el papel de fumar, iniciando el tercer cigarrillo..., que siguió el camino de los dos anteriores. Sin el menor gesto en el rostro, Glen Palmer volvió a sacar la bolsita y el papel, de fumar, mientras del círculo de curiosos brotaban risitas más nutridas que las anteriores... El cuarto cigarrillo desapareció también de las manos de Glen, que, impávido como un pedrusco, recurrió de nuevo a su bolsita de tabaco... Quinto cigarrillo en marcha..., y más nutridas risas alrededor de los dos protagonistas. Pero ella estaba furiosa.

—Usted —jadeó Getrude—. Usted es..., es..., es... ¡un fanfarrón, un cretino, un...!

Glen Palmer pasó la lengua por el borde del papel de fumar, apretó el cigarrillo ya terminado..., y cuando se disponía a ponérselo en los labios, Gertrude se lo arrebató también, de un manotazo más violento y furioso que

los anteriores. Luego, sofocada como nunca en su vida, dio media vuelta, y se alejó de allí, corriendo, casi sollozando de rabia...

Entonces, Glen Palmer lió su sexto cigarrillo, lo encendió, se puso en pie, y se acercó a los admiradores, risueños, divertidos... y un poco, amedrentados habitantes de Pine Springs, que jamás habían conocido a nadie con tal temple de nervios, con tal serenidad...

—Se cierra a las doce, señores —dijo el maestro—, así que si alguien quiere aprender, no pierda el tiempo.

—¿Por qué no nos hace una demostración de cómo dispara usted? —preguntó alguien.

Asombro general: Glen Palmer palideció intensamente. Pero su voz sonó tranquila cuando dijo:

—Estoy aquí para enseñar, no para hacer demostraciones. Si quieren una demostración, les costará quinientos dólares.

—¡Quinientos dólares! —aulló uno de los curiosos—. ¡Pues vaya una demostración que tendría que ser, forastero!

—Tan sorprendente para ustedes como sería para mí ver quinientos dólares juntos. Vamos, anímense... Sólo un miserable dólar por media hora de revólver. ¿Nadie? ¿Nadie...?

—Bueno —se alzó una mano—. Yo mismo. ¡Por un dólar más o menos!

—Yo también dijo otro.

-Y yo.

—¡Y yo!

—¡Y yo...!

CAPÍTULO III

—Cerveza.

La voz de Glen Palmer se oyó en todo el saloon con una nitidez extraordinaria, pero en absoluto asombrosa, ya que al verlo entrar, se hizo un silencio no menos extraordinario.

Tras el mostrador, y debido a lo animado de la hora nocturna, estaba no sólo el camarero de la tarde anterior, sino el dueño en persona, el orondo y bigotudo Maxwell, que había palidecido.

—Sí... Sí, señor... —tartamudeó el camarero.

En pocos segundos, Glen Palmer tenía ante él una hermosa y rezumante jarra de fresca cerveza. Bebió un buen trago, mientras sus inquietantes ojos quedaban, por fin, fijos en el fornido Tim Hayes, uno de los capataces del tendido de la vía férrea. Sí: exactamente el mismo al que la noche anterior había derribado de un soberbio trastazo.

Impávido el rostro, Glen Palmer se acercó a Tim Hayes... mientras alrededor de éste se producía la gran desbandada. Así que prácticamente, los dos nombres quedaron solos ante el mostrador. Uno, con cara de piedra, el otro, mirándolo hoscamente... y en guardia. Entonces, en medio de la gran expectación, Glen preguntó:

—¿Me permitiría invitarlo a un trago, señor?

Tim Hayes quedó estupefacto un instante. Luego, masculló:

—¿Está hablando en serio?

—Completamente. Quisiera convencerlo para que no me guarde rencor por lo de anoche: tenía necesidad de hacerlo.

Tim Hayes se rascó la punta de la barbilla.

—Yo no bebo cerveza, sino *whisky*.

—Me parece estupendo. Yo también suelo beber *whisky* cuando las cosas me van bien. Dentro de un par de días, cuando haya cubierto otros proyectos, podré permitirme beber *whisky*. Mientras tanto, este pequeño esfuerzo económico de invitarle significa mi sincero deseo de demostrarle mi buena voluntad.

—Vaya... Bueno, caramba, está feo eso de rechazar una invitación, ¿no le parece?

—Estamos completamente de acuerdo, señor.

—Pues... Está bien. —Hayes miró al camarero—. Hey, Bill: una cerveza que me paga aquí, el señor.

—Muy agradecido —dijo Glen, impávido—. Las personas que no son rencorosas gozan de mi estima preferente. Recuerdo que en una ocasión...

Una hora más tarde, Glen Palmer abandonaba el Bang Saloon, dejando dentro un montón de personas que empezaban a opinar de él que era «tratable», y acompañado de Tim Hayes, que salía riendo la última broma del «maestro».

—¡Ajá! —tronó una voz en el porche—. ¡Al fin sale! ¡Y no hay ahora mujeres que le defiendan, «maestro»!

La risa de Tim Hayes se cortó bruscamente. Se quedó mirando, atónito, al gigante que se había plantado ante ellos, con los puños cerrados, en actitud por demás significativa. Luego miró a Palmer, que también contemplaba a Bobo, con inescrutable expresión.

—¿Va buscando pelea, señor Bobo? —preguntó apaciblemente.

—¿Pelea? —rugió Bobo—. ¡Te voy a machacar todos los huesos de tu cochino cuerpo!

—Lo que usted quiere es complicarse la vida. Pero yo no. Así que, adiós. Buenas noches, Tim.

Éste no contestó, aturdido. Desde dentro del saloon llegaba ya la voz de aviso de que Bobo quería romperle las costillas al forastero. Y en un santiamén, el porche se llenó de curiosos contemplando incrédulamente a Glen Palmer, que se alejaba, evitando la presencia de Bobo.

Pero, ciertamente, éste no parecía dispuesto a dar por terminado el asunto de un modo tan sencillo y sensato, así que alcanzó a Glen en la acera de tablas, le puso una mano en el hombro, y le obligó a volverse, con rudeza.

—¡Oye, pistolero de...!

¡Crak!, crujió el puño de Glen Palmer en la mandíbula de Bobo, que cayó sentado, ante el asombro general.

—No moleste, señor Bobo..., por favor —pidió Glen.

—¡Qué tío! —exclamó alguien—. ¡Eso es pagar!

—¡Animo, Bobo! —rió otro curioso—. ¡Eso no es nada!

—¡Cómete su hígado! —sugirió otro, también riendo.

Y Bobo volvió a la carga. Se puso en pie, pasó una pierna por encima de la barandilla del porche..., y Glen Palmer se adelantó cachazudamente y

lanzó otro puñetazo, en plena narizota del coloso, que una vez más cayó de espaldas.

—¡Nadie había conseguido tumbar a Bobo! —exclamó otro de los curiosos—. ¡Este forastero tiene los puños de...!

—¿Qué pasa aquí? —tronó la voz de Peter Ormandy—. ¡No quiero peleas, ya hubo bastante con la de anoche, así que...! ¡Ah! ¿Otra vez usted, Palmer? Muy bien, tiene asegurado alojamiento para ésta, noche: andando.

Un abucheo general acogió la decisión de Ormandy, que se había abierto paso hasta quedar delante de Glen. Docenas de voces clamaron que el agresor había sido Bobo, que el forastero había intentado evitar la pelea, que...

Aquella noche, Glen Palmer durmió en una aceptable habitación del Cholla Hotel, sobre blando colchón y rodeado de sábanas limpias.

Y una semana más tarde, Glen Palmer era ya la figura de Pine Springs.

Sin que ni una sola vez tocase su propia arma, Glen Palmer se impuso como el indiscutido maestro. No cometía el menor fallo en sus apreciaciones respecto a cada «cliente» y sabía indicar a cada uno lo que convenía. Y como cobraba escrupulosamente y por adelantado (en esto no admitía bromas), en sólo una semana consiguió nada menos que ciento veintidós dólares, ya que en ocasiones daba clase a más de un alumno a la vez, para lo cual era inevitable que cada cuál llevase su propio revólver; en este caso, descontaba diez centavos del precio de la lección.

Sí. Durante aquella semana las cosas empezaron a irle tan bien que Glen Palmer incluso consiguió «caerle estupendamente» a la señora Ormandy, la esposa del *sheriff*, hasta el punto de que le había invitado ya un par de veces a cenar, ante la grandísima complacencia de Glen, la socarrona tolerancia de Peter Ormandy..., y el asombro de todos.

Pero, siempre hay algún detalle que rompe la armonía.

Uno de esos detalles eran ciertos comentarios.

—Sí, sí, enseña muy bien, pero él no ha tocado el revólver ni una sola vez. Apostaría a que ese tipo es un fraude que ni siquiera sabe disparar...

—¡Hombre...! —hubo una risotada general.

—Lo que pasa es que para hacernos una demostración, quiere que le paguemos quinientos dólares. ¡Pues no es listo el tipo...! Pero yo digo que no sabe disparar, y apostaría...

—¿Cómo vamos a apostar? —refunfuñó otro—. Si él no quiere disparar, nunca sabríamos quién ganaba la apuesta. A menos que haya algún valiente que quiera comprobar por sí mismo cómo dispara Palmer: alguien que lo desafíe.

Cuando se sugería esto, un extraño frío hacía presa en todos los reunidos, y desde luego, no aparecía ningún voluntario. Hasta que alguien tuvo la luminosa idea:

—Escuchad... En Pine Springs somos más de tres mil habitantes, ¿no es así? Bueno, ¿a cuánto tocaríamos por cabeza para reunir entre todos los quinientos dólares que pide Palmer por la demostración?

Otro detalle era que, cada mañana, hacia las once, cuando Glen Palmer estaba dando clase de revólver, aparecía Gertrude Loring, portando una pequeña maleta de tela de alfombra. Sacaba de la maleta un cinto con un revólver, se lo colocaba a la cintura, se ponía a cierta distancia de Palmer y sus clientes, y, siguiendo las indicaciones que el «maestro» daba a los alumnos y que ella escuchaba con suma atención, hacía sus propias prácticas, sin que, al parecer, Glen Palmer se diese cuenta de su presencia.

—¡Ése..., ése estúpido...! —exclamaba con indignación la muchacha durante las comidas con sus padres—. ¡Parece que yo ni siquiera exista!

—Demuestra no poca benevolencia, hija —sonreía Leroy.

—A lo mejor es que ni siquiera te ve —sugería la señora Loring—. Debe estar atento sólo a sus clientes, ¿no te parece?

—¡Es un cretino! —enrojecía Gertrude.

—Pues yo tengo entendido todo lo contrario —sonreía su padre—. Dicen que es muy inteligente y educado.

—¿Qué...? —ponía Gertrude el grito en el cielo—. ¡Inteligente y educado! ¡Vamos, papá...!

—Es lo que dicen. Se ha hecho amigo de todos, y eso que él no parece tener el menor interés en ello. Claro que... también se dice que es un fraude. Hace tres noches volvió a zurrarle al cabezota de Bobo...

—¡No sabía eso!

—Oh, sí. Parece que Bobo se había pasado unos cuantos días rumiando eso de que el forastero pudiese derribarlo, y quiso poner las cosas en claro de una vez, de modo que fue a buscarlo por tercera vez, y le dijo que iba a partirle la cara... Palmer acabó por aceptar la pelea, con una condición: si ganaba él, Bobo no insistiría más, y aceptaría beber invitado por Palmer. Bueno, pues Palmer le dio otra paliza a Bobo, y luego lo invitó... a agua. Parecía qué fuesen a volver a pegarse, pero ya conoces a Bobo, es un buenazo: acabó por echarse a reír, se bebió el vaso de agua, y luego, él y Palmer se emborracharon juntos, o poco menos. Armaron una juerga de tal índole que no me extraña que no haya llegado a oídos femeninos... Y desde

ese momento. Bobo es poco menos que un perro fiel para Glen Palmer; lo adora.

—Vaya —se mosqueó Gertrude—. Siempre he dicho que el pobre Bobo es un... un zopenco que... que...

—No digas algo de lo que luego puedas arrepentirte —sonrió una vez más Leroy Loring—: tú quieres a Bobo, y hada de lo que haga el pobre muchacho te hará cambiar tus sentimientos hacia él. Sentimientos fraternales, se entiende.

—Es verdad —tuvo que admitir Gertrude—. Bobo es tan bueno... Papá, ¿por qué dicen que Glen Palmer es un fraude?

—Pues... hay quien asegura que no sabe disparar, y que, en el fondo, le tiene miedo al revólver.

—¡No me sorprendería nada! —aseguró la muchacha.

—De todos modos, hija —arguyó la reposada señora Loring—, yo pienso que no está nada bien, que tú vayas a practicar con el revólver por allí... Ni en ningún sitio, claro. Eso no es propio de una señorita.

—Oh, mamá, ¿qué tiene que ver una cosa con otra?

—También se dice —musitó Leroy, pensativo— que todo el pueblo está haciendo una colecta para reunir quinientos dólares y dárselos a Palmer para que haga la demostración a la cual él puso ese precio.

—¡Quinientos dólares! —exclamó la señora Loring—. ¡Oh!

—¿De veras? —saltó Gertrude—. ¡Papá, es formidable! ¡Vamos a enterarnos de cuánto dinero les falta, lo ponemos nosotros y veremos...!

—Vamos, Gertrie, no digas tonterías, hija —refunfuñó el banquero de Pine Springs—: el dinero se ha hecho para cosas más importantes.

—¡Pues yo pienso entregar algo!

—Haz lo que gustes con tu dinero. Pero eso es una majadería.

—Pues yo estoy dispuesta a contribuir con una buena cantidad con tal de darle una lección a ese..., a ese..., a ese...

—Estúpido —sugirió Leroy Loring.

—¡Sí, estúpido! ¡Y cretino, y antipático; y...!

—Gertrie, hija —pidió su madre—: ¿no podrías tener mejores modales en la mesa? ¿Qué dirían de ti si te oyesen hablar así?

* * *

—¿Eso anda diciendo Chalmers? —murmuró Glen Palmer.

—Te lo juro, Glen —cabeceó Bobo Loomis—. Desde luego, Chalmers es un maldito bocazas idiota, pero así están las cosas. Él comenzó a hablar, y ahora todo el mundo está aportando dinero para verte disparar.

—Bien... Gracias por informarme, Bobo.

—Yo soy tu amigo —sonrió él herrero—. Y los amigos han de demostrarlo, ¿no es cierto?

—Seguro que sí. Y dime: ¿cuánto tiempo crees que tardarán en reunir esos quinientos dólares?

—Al ritmo que llevan, me parece que los tendrán hoy mismo: todo el mundo está contribuyendo, Glen.

—Vaya... Siempre es agradable encontrar un lugar donde la gente demuestra tanta solidaridad con el vecino. Pero me parece que esta causa común la estáis desorbitando bastante, Bobo.

—Oye, que yo no tengo nada que ver en todo esto... Claro que me gustaría verte disparar, pero...

—Está bien. ¿Quieres otra cerveza?

—Claro. ¡Pero esta vez pago yo!

—No, hombre, no. Hoy he ganado más de...

—¡Me importa una colilla lo que hayas ganado! Yo también gano dinero con mi martillo, y no quisiera que pensasen que ahora soy amigo tuyo para que me invites siempre.

—Demonios, Bobo, no hay que ser, tan quisquilloso.

—Ni quisquilloso ni porras. ¡Hey, Bill, tráete volando otras dos jarras con mucha espuma!

—No creo que vaya a poder volar —murmuró Glen—: tiene los pies muy grandes.

En realidad, estaba muy preocupado, y la broma le salió sin darse apenas cuenta, pero Bobo se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos, y enseguida, se echó a reír estrepitosamente, dando tremendos puñetazos en la mesa.

—¡Ay, mi madre, qué bueno! —hipó—. ¡Qué bueno...! ¡Oye, Bill, será mejor que vengas caminando...! ¡Ay, qué bueno!

—Me parece que no hay para tanto —sonrió de mala gana Glen Palmer.

—¡Que sí, hombre que sí! Es que, mira, tal como lo has dicho, parece que si tuviese los pies más pequeños, pues podría volar, pero como tiene los pies cómo barriles de cerveza... ¡Ay, qué bueno! ¡Oye, Bill —volvió a gritar—, te compró tus botas para hacerme con ellas dos bañeras como la del señor alcalde!

Algunos vecinos de Pine Springs que estaban ya tomando los primeros tragos de la tarde, soltaron unas risitas, y Glen Palmer tuvo que volver a sonreír, mirando con afecto a Bobo Loomis. Era un gigante inocentón, de buenos sentimientos, con una simplicidad de carácter asombrosa. Y esto tenía mucho de bueno, convertía a Loomis en una persona con la que no cabían equivocaciones; si era amigo de alguien, lo era de verdad, hasta el final...

—Glen —oyó de pronto a Bobo—: ¿te ocurre algo?

—¿Eh...? No. No, no... Nada.

—Pareces preocupado.

—No es nada, Bobo.

—Me alegro. No me gusta que mis amigos estén tristes... Bueno —vaciló—, tú eres mi amigo, ¿verdad, Glen?

Y esperó, algo tenso, la contestación.

—Claro, claro, Bobo. —Glen intentó sonreír una vez más—. Eso, si no me guardas rencor por los mamporros que te aticé.

—¡Y qué mamporros! —rió el gigante—. Oye, eres todo un tío soltando, coces, ¿sabes? Quiero decir... Bueno, eso de las coces no quiere decir que te esté llamando mula, sino que...

—Te he entendido, hombre —refunfuñó Glen—. No me molesta que digas eso.

—Entonces, ¿somos amigos?

—Muy amigos, Bobo.

—Gracias... Gracias, Glen. Me gusta ser amigo tuyo, porque tienes los ojos limpios.

—¿Que tengo qué...?

—Tienes los ojos limpios. Yo digo eso de las personas que miran de frente, y les ves bien los ojos, y resulta que casi todas esas personas tienen cosas buenas en los ojos. ¿Me comprendes?

—Creo que sí.

—Pues tú tienes los ojos limpios. Gertrie, también.

—¿La señorita Loring?

—Sí. Es bonita, ¿verdad?

—¿Estás enamorado de ella? —sonrió Glen.

—Como un loco —sonrió también Bobo—. Pero eso no tiene importancia. Sé muy bien que Gertrie nunca se casaría conmigo. No somos iguales, Glen. ¡Y no es que ella fuese a tener en cuenta eso, te lo aseguro! Quiero decir que aunque ella me quiere mucho, jamás pensaría en mí como el hombre con él que se podría casar. Y si quieres que te diga la verdad, a mí me

ocurre lo mismo... Es como si estuviese enamorado de la Luna: muy bonita, pero no es para mí... Me gustaría que se casase contigo.

Glen Palmer se quedó mirando fijamente a Bobo. Por fin tragó saliva, y susurró:

—No creo que la señorita Loring hiciese un gran negocio.

—Oh, sí; las cosas no pueden, ir mal entre dos personas que tienen los ojos limpios. Aunque eso que hace ella de aprovecharse de tus lecciones está muy mal, ¿verdad? Apuesto a que ya has pensado el modo de darle un buen escarmiento...

-Oiga, amigo; ¿no nos conocemos? —sonó una voz junto a Glen Palmer.

Y al mismo tiempo, una mano grande, fuerte, de dedos largos y finos, caía sobre su hombro derecho.

CAPÍTULO IV

Glen Palmer se volvió y alzó lentamente la cabeza, y su mirada fue hacia el rostro del hombre que tan confianzudamente le había interpelado. Bobo Loomis también miraba a aquel hombre, y al que había con él, y por eso no se dio cuenta de la súbita palidez de Glen Palmer, que tras un instante de silencio, murmuró:

—No.

—¿Está seguro? —sonrió el otro—. Yo diría que su cara no me resulta desconocida.

—A mí tampoco, —replicó Glen—. Pero la de usted, sí, ésa es la verdad.

Bobo necesitó un par de segundos para asimilar aquello. Luego, se echó a reír agudamente, lo cual, junto con la frase de Glen Palmer, no pareció gustar al desconocido, que frunció el ceño.

—Muy gracioso —masculló—. Muy gracioso.

—También soy un poco raro; no me gusta que me pongan las manos encima.

El desconocido retiró la mano, lentamente, fija su mirada en Glen, que por fin apartó la suya y dedicó su atención a la nueva jarra de cerveza. Bobo lo miraba ahora atentamente, quizá porque se estaba dando cuenta de la tensión de su amigo, del gesto crispado de sus facciones.

—Bueno —dijo aquel sujeto—, todos podemos equivocarnos, ¿no es así?

Glen bajó la jarra, se quitó la espuma de cerveza de los labios, y asintió con la cabeza.

—Ciertamente. No tiene importancia.

—De acuerdo. Perdona la molestia.

—Ya le digo que no importa.

El otro se llevó dos dedos al ala del sombrero, y fue al mostrador con su amigo. Bobo los siguió con la mirada, atento, un poyo desconcertado.

—No me gustan esos tipos —dijo por fin—. Parecen un par de matones, Glen.

—¿No tienen los ojos limpios?

—¿Qué han de tener...! ¡Los tienen sucios como el culo de una vaca vieja!

—Mucha suciedad es ésa —sonrió Glen—. Y si no quieres complicarte la vida, Bobo, aprende a exponer tus opiniones en voz menos sonora.

—¿Crees que me darían miedo dos tipos así? ¡De dos bofetadas los enviaría al cementerio!

—A lo mejor —Glen miró los revólveres de los dos hombres—, quiero decir, a lo peor, a ellos no les gusta resolver sus asuntos a bofetadas, sino a balazos.

—Demonios... Ahí sí que las cosas me iban a ir mal. ¿Por qué soy tan bruto con un revólver en la mano, Glen?

—Cualquiera sabe. Pero no debes preocuparte demasiado; la cosa no tendrá importancia mientras no te pongas un buen martillo, y así, el que quiera pelear contigo sabría que tendría que hacerlo a martillazos.

Bobo Loomis volvió a reír. Lo estaba pasando estupendamente, convertido en el gran amigo del tipo que se había metido en el bolsillo a todo Pine Springs en poco más de una semana.

—Ya se van los matones —dijo—. Y te han mirado de un modo muy raro, Glen.

—Quizá todavía estén convencidos de que me conocen.

—Están equivocados, seguro —reflexionó Bobo—. Tú tienes cara de mala uva, pero no tienes cara de tener amigos como éstos. ¿Tomamos otra jarra?

—La capacidad de mi barriga es muy inferior a la de la tuya —rechazó Glen—. Yo paso. Además, tengo un par de cosas que hacer esta tarde. ¿Te importa que te deje?

—¿Quieres que te acompañe?

—No, no... Ya nos veremos.

—Vale. Hasta luego, Glen.

Éste, salió de la cantina, miró a ambos lados con cierta preocupación, y, tras vacilar un instante, dirigió sus pasos hacia el establo público. Cuando llegó allí, se volvió, para mirar disimuladamente, en lo posible, de nuevo a todos lados.

Luego entró, pero no vio a nadie.

—Hey, Pops —llamó.

Encogió los hombros al no recibir respuesta. Bueno, Pops debía estar por ahí, eso no tenía importancia... Fue hacia el fondo del establo, donde estaba su caballo, que relinchó alegremente cuando Glen todavía estaba a bastante

distancia de él. Al llegar allí, el animal volvió la cabeza, y le dio con el morro en el pecho. Glen Palmer, sonrió, tirándole de una oreja.

—Lo estás pasando bien, ¿eh, granuja? Buena vida, buena comida, buen, montón de paja limpia... Pues lo siento, muchacho: vamos a tener que volver a viajar. Otra vez a viajar...

Le dio una palmada en el cuello, y quedó sombrío. Sí, otra vez a cabalgar. Pero... ¿hacia dónde?

«¿Qué más da? —pensó—. Tampoco voy a poder quedarme en Pine Springs, eso es todo».

Apartó la horquilla de remover paja, y echó un vistazo a la silla de montar. Para cabalgar desde el establo al lugar donde daba las lecciones de revólver, estaba bien. Pero convenía echarle un vistazo antes de volver a las grandes cabalgadas, alejándose... Alejándose siempre de todos los sitios, al final. Tenía que...

Cric-cric.

El sonido llegó con gran nitidez a sus oídos. Era un sonido que habría identificado, entre cualquier otro del mundo; correspondía al mecanismo de un revólver al ser alzado el percutor. Y por supuesto, aquel revólver recién amartillado debía estar apuntado a su espalda, así que se quedó inmóvil, como petrificado.

—Hola —oyó la voz ya conocida—. ¿Ha refrescado su memoria, amigo?

Manteniendo las manos a la altura de los hombros, Glen Palmer se volvió. Allá estaban los dos. Claro, lo habían visto salir de la cantina, lo habían seguido, y habían entrado silenciosamente en el establo... Ahora, el que decía conocerlo, tenía el revólver en la mano, pero no parecía darle importancia. Sonreía entre irónico y preocupado. El otro sujeto sonreía como un simple idiota tontamente.

—No —murmuró Glen—. Sigo sin recordarle.

—Digamos, más bien, que prefiere no recordarme. Me llamo Jack Owens; éste es mi amigo Troy Ruggins pero a él seguro que no lo conoce. A mí, sí.

—Lo siento; no recuerdo.

—Mire, Davies, vamos a...

—¿Cómo dice? —palideció Glen Palmer.

—¿No se llama Davies?

—No.

—¿Pues cómo se llama?

—Glen David Palmer.

—Ah... ¿De veras? —Owens parecía muy divertido—. Bueno, ¿qué más da un nombre que otro? Aquí, lo que importa es lo que usted diga, no cómo se llame.

—¿Tengo que decir algo?

—Sí, sí... Por ejemplo: ¿qué hace usted en Pine Springs?

—Nada especial. Llegué aquí, me encuentro a gusto, y eso es todo.

—Davies... Oh, perdón: Palmer. Mire, Palmer, usted me conoce muy bien, dejémosnos de tonterías. Y yo le conozco a usted. Por eso, me... intriga y me preocupa su presencia en Pine Springs. Porque a veces, se dicen cosas de un tipo, y luego resulta que no son todas ciertas, y qué el tipo es muy listo, ¿comprende?

—No.

—Debería comprenderme, porque estoy hablando de usted. ¿No se las está dando de listo... Palmer?

—No. Y no entiendo nada de nada, Owens.

—Estoy seguro de que sí. Otra pregunta: ¿está solo en Pine Springs? ¿O acaso saben algo y hay más como usted esperando?

—Le aseguro que no entiendo nada, Owens.

—Y yo le aseguro que estoy perdiendo la paciencia. Esto es muy importante para mí, para nosotros, así que no quiero que haya el menor riesgo cuando llegue el momento. ¿Está solo o no? ¿Saben algo... o todo es casualidad?

Glen Palmer decidió seguir la corriente.

—Estoy solo, y no sé nada de nada.

—Vaya, estupendo... ¿Qué te parece, Troy?

—Sí, estupendo —enseñó más sus sucios dientes el llamado Troy.

—Eso es lo que yo llamo una buena noticia —insistió Jack Owens.

—Me alegro de que le guste —murmuró Glen—. ¿Puedo seguir repasando mi silla? Me marcho de aquí por la mañana.

—¿Se marcha? ¿Por qué? ¿Acaso no le tratan bien en Pine Springs?

Hubo una crispación en el rostro de Glen Palmer. ¿Bien? Lo cierto era que hubiese querido no tener que marcharse nunca de allí, pero... estaban reuniendo los quinientos dólares, y... No. No, no; no aceptaría seguir con aquello.

—No me tratan ni bien ni mal —encogió los hombros—. Ni me interesan esas cosas. Simplemente, sigo mi camino. Ya he estado aquí demasiado tiempo para mi gusto.

—Pues yo creo —amplió también su sonrisa Owens— que será mejor que le guste Pine Springs, porque va a quedarse aquí... para siempre.

—No son ésas mis intenciones —susurró Glen.

—Las mías, sí. Bueno, amigo Palmer, vamos a dejar de jugar a charlar. ¿Dónde quiere que le meta la bala? ¿En la cabeza, en las tripas, o en el corazón? Puedo complacerlo, porque tengo una buena puntería.

—¿Quiere matarme? ¿Por qué?

—Porque no me gustan los tipos como usted que...

Jack Owens respingó, y apretó el gatillo cuando Palmer saltó hacia él... Pero debió haber hablado menos y vigilar más, la posible reacción del hombre al que estaba condenando caprichosamente a muerte. Ciertamente consiguió disparar, pero cuando ya Glen Palmer estaba ante él y desviaba de un manotazo el revólver, de modo que la bala fue a hundirse en la paja. Al mismo tiempo, la mano izquierda de Glen se cerraba en torno a su muñeca, con tal fuerza que Owens emitió un gemido de dolor y rabia...

Pero Glen ya no le hacía caso a él, porque sabía que los siguientes disparos no podrían alcanzarle. Su preocupación estaba en el otro, en Troy Ruggins, que estaba ya tocando la culata de su revólver, crispado el rostro. Tocó la culata, pero eso fue todo: la punta de la bota derecha de Palmer le acertó de lleno en el bajo vientre, con tal fuerza y eficacia que Ruggins quedó pálido como un cadáver en el acto, llevó sus manos a la parte golpeada, y, saltando como un conejo, cayó arrodillado de bruce sobre la paja y quedó inmóvil.

Mientras tanto, sucediendo todo esto en menos de tres o cuatro segundos, Jack Owens había golpeado con el puño izquierdo a Glen en el vientre, y, aprovechando el brevísimo instante en que el «maestro» aflojó un poco la presa en su muñeca derecha, quiso desasirla y disparar de nuevo. La reacción de Glen Palmer fue demasiado veloz e implacable para Jack Owens: le retorció el brazo de tal modo, que Owens desorbitó los ojos, y quiso entonces no apretar el gatillo, comprendiendo lo que podía ocurrir.

Ya no llegó a tiempo de evitar nada, porque Glen Palmer apretó también su brazo con el vientre, y al producirse el disparo, que sonó muy ahogado entre ambos cuerpos, la bala penetró en el vientre de Jack Owens.

La boca de éste se abrió, los ojos se desorbitaron aún más, y su rostro se desencajó en una mueca de dolor, y de incredulidad. Cayó hacia Palmer, pero éste se apartó, dejándolo llegar hasta la paja, en la cual hundió el rostro, lívido, desencajado.

Pero no menos lívido y desencajado estaba el rostro de Glen Palmer. Pareció darse cuenta de pronto de que su caballo estaba muy inquieto, y caminó hacia él, como alucinado.

—Quieto... Quieto, compañero, no es nada...

Oyó tras él un gemido, se volvió, y vio a Troy Ruggins irguiéndose sobre las rodillas, fija la mirada en él... Ruggins volvió a mover la mano..., y Glen hizo lo mismo: asió la horquilla de mover la paja, velozmente, y lanzó un golpe horizontal con ella, como si quisiera atravesar algo con una espada.

Y atravesó.

Una de las agudas puntas de fortísima madera endurecida al fuego llegó hasta la garganta de Ruggins, y la atravesó, alzando al pistolero, para que cayese seguidamente de espaldas, con la horquilla hundida en su cuello, mortalmente.

En la calle se oían voces, y Glen Palmer miró, aterrado, hacia la entrada del establo. Reaccionó de pronto... Asió a Jack Owens por los pies, y lo arrastró rápidamente hacia uno de los compartimentos en los que no había caballos. Lo tiró allí dentro, hizo lo mismo con Troy Ruggins, y volvió a toda prisa al compartimento en el cual estaba su caballo..., mientras en el establo entraban ya Pops y algunos hombres más, gritando, mirando a todos lados...

Glen Palmer llevó la mano a su revólver, lo tocó, y le pareció que una corriente de hielo se extendía desde la palma de la mano a todo el cuerpo. Casi temblando, lo desenfundó, y se volvió hacia Pops, haciendo lo posible por sonreír...

—¿Qué pasa? —gritaba Pops—. Señor Palmer, ¿qué ha pasado?

—¿A qué viene tanto escándalo? —dijo Glen—. Estaba repasando mi revólver y se me ha disparado, eso es todo.

Pops y los demás quedaron estupefactos.

—¿A usted se le ha disparado el revólver? —exclamó por fin Pops.

—¿A quién, si no? Eso le pasa a cualquiera cuando no hace las cosas como es debido... Mañana tendré algo importante de qué hablar al respecto durante la clase. Y espero que todos comprendan por qué soy siempre tan exigente cuando se trata de tener en las manos un arma.

—Sí, claro... Entiendo. Bueno, señor Palmer, precisamente, le están buscando a usted por el pueblo.

—¿Quién? —palideció aún más Glen.

—Pues los vecinos de Pine Springs —sonrió uno de los que acompañaban a Pops—: sólo faltan unos centavos para completar los quinientos dólares, señor Palmer.

—Ah... Bien, consigan esos centavos.

—Eso es lo que vamos a hacer —exclamó Pops—. ¿Vamos allá, muchachos?

Salieron todos corriendo, y Glen Palmer se quedó mirando su revólver unos segundos, hasta que se estremeció y lo guardó en la funda. Se volvió hacia el compartimento donde estaban los dos cadáveres, y, tras vacilar, fue allá, pero mirando, hacia el altillo lleno de paja... Le llevó tres minutos subir arriba a los dos muertos, los cubrió con paja, y volvió junto a su caballo, que se había calmado casi completamente.

Glen Palmer tragó saliva y susurró:

-Nos iremos... Nos iremos de aquí al amanecer, compañero. Y no me importará lo que hagan o piensen: ya estoy acostumbrado.

Suspiró profundamente, y se dirigió a la salida.

CAPÍTULO V

Minutos después, Glen Palmer, sombrero en mano, estaba ante la sirvienta, de los Loring, qué había abierto la puerta de la hermosa casa, con gran porche y jardín delantero.

—Quisiera ver a la señorita Loring —murmuró Glen.

—Sí... Sí, señor, pase...

Glen entró en la casa, un tanto intimidado, al parecer, por la comodidad y buen gusto que veía a su alrededor.

—Mi nombre...

—Oh, sé quién es usted, señor Palmer —dijo con aguda voz la sirvienta—. ¡Avisaré enseguida a la señorita Loring!

—Gracias.

La muchacha lo llevó al saloncito, y lo dejó solo. Un minuto más tarde, Glen se volvía hacia la puerta, al oír las pisadas, y su mirada quedó fija en Gertrude Loring, que a su vez lo miraba fijamente, visiblemente alterada.

—¿Qué desea usted? —consiguió preguntar Gertrude con voz tranquila.

—Espero que esté usted bien, señorita Loring.

—Estoy perfectamente, gracias. ¿Cuál es el motivo de su visita?

Glen Palmer sonrió secamente y de un bolsillo sacó un papel, que tendió hacia la muchacha. Gertrude se acercó, desconcertada.

—¿Es para mí?

—Sí, señorita Loring.

—Bien...

Lo tomó, lo desdobló, y leyó rápidamente su contenido:

«He recibido de *miss* Gertrude Loring la cantidad de \$24,00, importe de las lecciones tomadas subrepticamente durante esta semana para el manejo del revólver.

»Pine Springs, Texas, 14 de mayo, 1882.

»Firmado: Glen David Palmer».

Primero, Gertrude quedó atónita, como si no comprendiese. Luego, de pronto, enrojeció violentamente.

—¿Se quiere burlar de mí, señor Palmer? —inquirió con voz ahogada por la ira.

—No, señorita Loring.

—Pues yo diría que sí. ¡Y nadie...!

—Le ruego que se lo tome con calma. La verdad es que este papel que tenía preparado sólo cumplía un objetivo.

—No le entiendo... ¿Qué quiere decir?

—Pensaba utilizarlo cómo pretexto para conversar con usted.

—¡Ah! —enrojeció ahora más suavemente Gertrude—. ¿Y para qué quería usted hablar conmigo?

—Ante todo le ruego que no se moleste conmigo por mi modo de hacer las cosas. En ningún momento he tenido la intención de cobrarle a usted las lecciones..., aunque debería hacerlo, ¿no le parece?

—¡Usted no me ha dado ninguna lección a mí!

—Pero espero que algo habrá aprendido escuchándome —sonrió un tanto crispado Glen—. De todos modos, no he pretendido molestarla. Si lo he hecho, le ruego que me perdone.

Gertrude Loring parpadeó, un poco turbada.

—Es usted asombrosamente cortés, señor Palmer. Acepto sus disculpas. ¿Algo más?

—Sí. En realidad, he venido a despedirme, señorita Loring.

Gertrude Loring se estremeció. Al segundo siguiente, tuvo la dolorosa sensación de que su corazón se había detenido, que era dentro de su pecho solamente una bola fría, que la inundaba de angustia.

—¿A... despedirse? —repitió con voz aguda.

—Sí. Me marcho mañana mismo.

—Pero... mañana es sábado... Quiero decir que mañana y pasado tendrá usted muchos alumnos que... que atender...

—No creo que un par de días más me enriquezcan demasiado. Me iré con mi revólver a otra parte.

—Pero... pero aquí le va bien... Tiene a tantos y tantos empleados del ferrocarril que vienen los domingos, y... y los forasteros que van de paso, y...

—El negocio va muy bien, en efecto —sonrió por primera vez, torcidamente, Glen Palmer—. Pero está dejando de ser novedad, y antes de que se cansen de mí, prefiero seguir mi camino. No podría vivir aquí toda la vida con el mismo... negocio.

—Bueno, pero podría... buscar un empleo, otro trabajo...

—Lo sé. Podría trabajar en cualquier cosa. Incluso en un banco, porque no soy ningún zoquete, se lo aseguro. Pero debo marcharme... Y lo siento, porque la amo.

Gertrude Loring desorbitó los ojos.

—¿Qué?

—Digo que la amo, señorita Loring.

—¿Me ama usted a mí...?

—Así es. He querido decírselo antes de marcharme. Hubiera preferido hacer las cosas de otro modo, con más calma, más como... deben hacerse: visitarla, cortejarla... Usted sabe. Pero no me han dado tiempo.

—¿Quiénes?

—Ellos. Todos. Excepto, la señora Ormandy, de la cual, por cierto, voy a ir a despedirme ahora. Ha sido muy amable conmigo..., y cocina estupendamente —volvió a sonreír de lado, amargamente—. Bien, señorita Loring..., adiós.

Se acercó a ella, le pasó los brazos a la espalda y la apretó contra su pecho. Gertrude cerró los ojos y entreabrió los labios, mientras sentía que el corazón volvía a funcionarle, ahora a una velocidad no menos dolorosa que su pasividad anterior... Cuando él la besó en los labios, ella comenzó a temblar, primero... Luego, de pronto, se relajó, rodeó el cuello de Glen con sus brazos, y comenzó a sentir una mareante dulzura, algo así como si estuviese dentro de una nube de color rosado que la fuese absorbiendo lentamente, dulcemente..., implacablemente..., maravillosamente...

Cuando el beso terminó, y él la apartó, Gertrude Loring experimentó el mayor desconuelo de su vida.

—Glen —tartamudeó—. Glen, no..., no te vayas, no...

—No puedo quedarme, Gertrude.

—Pe... pero... pero ¿qué va a ser de mí..., si te vas? —ella tomó sus manos impetuosamente—. Glen; quédate, te lo suplico... Encontraremos algo para ti.

—No es ésa mi dificultad, Gertrude.

—Entonces, no..., no te entiendo... ¿Qué quieres? ¿Saber si yo también te amo? Pues te amo... ¡Te amo, te amo! Desde el primer día, desde el primer momento... No sabía qué hacer para que te enterases, sólo hacía que pensar, y pensar... Y ahora vienes y me dices que me dejas... ¡y que te vas! Glen, quizá te sorprenda que de pronto diga amarte, pero...

—No. No me sorprende en absoluto. Estas cosas pasan así: Te he entendido, Gertrude.

—Pues no puedes marcharte... Glen, tienes las manos frías, muy frías... ¿Qué te ocurre? ¿Es algo relacionado con tu marcha? Yo te ayudaré, te...

Glen retiró sus manos casi bruscamente. Y al moverse, la luz que entraba por la ventana hizo brillar el fino sudor que empapaba su frente.

—Adiós, Gertrude.

Pasó por su lado rápidamente, casi con dureza. Gertrude se volvió, y tendió sus brazos.

—Glen... ¡Glen!

La puerta batió a espaldas de Glen David Palmer, y Gertrude quedó sola con la impresión de que ya no lucía fuera un sol de cien mil diablos, de que todo era negro, triste... ¿Lo había soñado todo, quizá? Llevaba días y días pensando en el modo de acercarse a Glen de manera que las cosas empezasen de otro modo entre ellos. Días y días comprendiendo que se había enamorado de aquel maestro del revólver... Y de pronto, llega él, le dice que la ama... ¡Y se va!

Cuando unos minutos después, Leroy Loring entró en la casa, y fue directo al saloncito, encontró a su hija sentada en un sillón, de espaldas a la ventana, inmóvil, con las manos en el regazo.

—¡Ajajá...! —se frotó las manos el banquero de Pine Springs—. ¡Todo perfecto, Gertrude! Desde luego, me has hecho una fea jugada no viniendo a ayudarme estos días, y especialmente hoy, que ha llegado el dinero de San Angelo... Ya está todo bien guardado en la caja fuerte. ¡Ni un cañonazo la abriría, por si sigues temiendo ese atraco fantasma! Y, querida, noticia importante; ha llegado el dinero para pagar a los ganaderos las tierras que han vendido al ferrocarril. Total: ciento treinta mil dólares en billetes y monedas de oro. ¡Ciento treinta mil dólares...! ¿Sabes lo que eso significa?

Gertrude no contestó, y su padre, de pie ante la ventana, con los pulgares en el borde del chaleco, se volvió, muy ufano, pero frunciendo el ceño.

—Pues significa —¡refunfuñe!— que la mayor parte de ese dinero va a ser ingresado en el banco, naturalmente, y que...

Había caminado hasta colocarse delante de la muchacha, y, de pronto, se inclinó hacia ella, para contemplar, sobrecogido, las gruesas y enormes lágrimas que resbalaban por las mejillas de Gertrude.

—Gertrie..., Gertrie, hija... ¿Qué te pasa?

—Él se va, papá.

—¿Él? ¿Quién?

—Glen.

—¿Glen? ¿Te refieres a Glen Palmer, ese pistolero...?

—Sí. Él se va mañana. Y yo le amo.

—Gertrie, ¿qué..., qué dices...?

—Le amo. Me iré con él, papá.

Leroy Loring quedó, lívido.

—Dios... ¡No es posible!

—Lo siento, papá. Tengo..., tengo que irme con él. Quiero estar siempre con él. Deberías... estar contento; ya no siento interés por las cosas que os molesta a mamá y a ti, como..., como aprender a manejar un revólver... Sólo quiero... estar con un hombre... Con el hombre que amo.

—Ese granuja ha venido a pedirte...

—¡No! Él no ha pedido nada. Sólo ha venido a decirme adiós. No sabe que me iré con él.

—Gertrie, hija, ese hombre no es bueno para ti... Tienes que comprender que...

—No, no, no, papá... No quiero comprender nada, salvo que mañana me iré con él, adonde vaya, con las condiciones que él ponga, a su manera... Cuando él se vaya, yo también me iré.

* * *

—Pero no entiendo, Glen, muchacho... ¿Por qué se marcha?

—Debo hacerlo, señora Ormandy.

—No tiene sentido esto... Llegó aquí como un vagabundo, sucio, barbudo, con ropas viejas... Ahora, todos le aprecian, son amigos de usted, y bien sabe Dios que Peter no consigue encontrar nada contra usted por mucho que busca —sonrió la señora Ormandy—. Aunque me parece que ha dejado de sentir interés por saber cosas de usted. Es un poco bruto, pero incluso a él se lo ha ganado... En cuanto a mí... Bueno, me gusta verlo de vez en cuando, y ver con qué placer devora mis comidas... Vamos a ver; ¿qué tiene de malo Pine Springs?

—Nada. Al contrario, todo es bueno.

—Espero que no hayan dejado de gustarle mis comidas...

—Sus comidas y su trato, señora Ormandy, forman parte de lo mejor de Pine Springs.

—¿No quiere decirme cuál es el problema?

—Debo marcharme, eso es todo.

—Bien —musitó Harriett Ormandy—. Lo siento de verdad, Glen. No olvide que deja aquí buenos amigos.

—Gracias, señora Ormandy. Y... adiós.

—Adiós, Glen. Buena suerte.

No le acompañó, porque, comprendió que eso sólo habría servido para que él se sintiese más incómodo. Oyó la puerta de la casa al cerrarse, y luego, voces... Alguien estaba hablando con Glen... Y cada vez, las voces eran más fuertes. Intrigada, Harriett salió de la cocina, y fue al pequeño saloncito de su modesta casa. Allí se asomó por la ventana, y fuera, en la calzada, vio a Glen Palmer, rodeado de un numeroso grupo de vecinos, uno de los cuales exclamaba en aquel momento:

—¿Cómo que fue una broma...? ¡Oiga, Palmer, usted nos ha obligado a reunir quinientos dólares, y nosotros los hemos conseguido, entre todos! Aquí los tiene —mostró una bolsa de papel—. Puede contarlos si quiere; quinientos dólares, ni un centavo más ni menos. Así que diga usted cuándo, cómo y dónde hará la demostración ante todo el pueblo, y ya está. ¡Tome su dinero!

—Lo siento, señor Tracey —llegó muy extraña la voz de Glen a oídos de Harriett—. Ya les he explicado que fue una broma.

—¡Pero son quinientos dólares! —gritó alguien.

—Lo siento... No me interesan.

—¡Escuche a los de Pine Springs nadie nos ha tomado el pelo todavía! Usted llegó aquí como si fuese una maravilla del revólver, dándose las de peligroso, de maestro... ¡Muy bien, queremos ahora ver cómo se dispara bien y de verdad! ¡Aquí está nuestro dinero! ¡Veamos lo que es usted capaz de hacer! Nunca hemos visto a un tipo peligroso de verdad, de modo que...

-Señor Tracey, no insista, se lo ruego. Déjeme pasar.

—¡Usted tiene que cumplir lo que dijo! —vociferó otro vecino.

—¡Les he explicado ya que fue una broma que...!

—¡Nada de bromas!

—¡Este tipo es un farsante!

—¡Nos ha estado tomando el pelo! ¡Es un bocazas, un embustero embaucador...!

—¡Qué dispare para que todos lo veamos...!

Cuanto más gritaban todos, más le costaba a Glen abrirse paso entre ellos. Pero, finalmente, pudo romper el cerco, ignorando los tirones que daban a sus ropas, el destrozo de la chalina, la rotura de una solapa... Caminando rápidamente, comenzó a alejarse del grupo de excitados vecinos, uno de los cuales se inclinó, recogió una enorme boñiga de caballo y la lanzó hacia Glen

Palmer, que la recibió en plena espalda. Por una fracción de segundo, Glen Palmer se detuvo, y volvió el rostro. Un rostro lívido, desencajado, angustiado.

Luego, continuó su camino hacia el hotel..., y mientras, por la punta Norte de la calle Mayor, cuatro jinetes de aspecto poco tranquilizador, hacían su entrada en Pine Springs, mirando a todos lados.

Y solamente Peter Ormandy, el *sheriff*, se fijó en ellos, de pie en el porche de su oficina, fruncido el ceño.

Pero enseguida, su atención se centró en el grupo de gente que seguía a Glen Palmer, y, captando el alboroto que estaban organizando se acercó presurosamente, cruzándose con Glen.

—¿Qué ocurre? —le preguntó—. ¿Qué les pasa, Glen?

Sin contestar, éste siguió su camino, pero no sin que el *sheriff* dejase de darse cuenta de su lividez, de su desencajado rostro. Se quedó mirándolo, desconcertado hasta que las voces de los vecinos de Pine Springs comenzaron a llegar claramente a sus oídos.

—¡Farsante!

—¡Charlatán, embaucador...!

—¡Aquí tienes tus quinientos dólares! ¡Queremos...!

—¡Quietos! —gritó Ormandy—. ¿Qué demonios está pasando aquí?

Un coro de airadas voces se alzó a la vez, sin que Ormandy pudiese conseguir que hablasen de uno en uno. Sin embargo, llegó a comprender lo que sucedía, y de nuevo quedó desconcertado, mientras el grupo de aullantes ciudadanos seguía hacia el hotel, ante cuya puerta siguieron vociferando su decepción, contemplados con gesto de extrañeza por los cuatro jinetes recién llegados, que se habían detenido delante del Bang Saloon.

Finalmente, con gritos y amenazas, Ormandy consiguió disgregar el grupo, y entró en el hotel, mientras a sus oídos llegaban todavía los gritos, y los insultos.

—¡Es un bocazas!

—¡Nos ha estado tomando el pelo!

—¡Vamos a decírselo a Bobo! ¡Ese tipo no merece ser amigo suyo! ¡Que venga a partirle la cara en nombre de todos...!

CAPÍTULO VI

—Soy Peter. Abra, Glen.

La puerta se abrió, y Ormandy entró en el cuarto que Glen Palmer ocupaba en el Cholla Hotel. El «maestro» cerró la puerta, miró inexpresivamente a su visitante, y fue a sentarse en la mecedora que había ante la ventana que daba a la calle Mayor. El *sheriff* quedó de pie cerca de la puerta, vacilante.

—Están muy furiosos —musitó, por fin.

—Me he dado cuenta.

—Bien... Naturalmente, yo no soy el más indicado para dar consejos en el sentido de que un revólver deba ser utilizado, pero...

—Si no es el más indicado, no dé consejos.

—Está bien. Pero no sé si me ha entendido, Glen. Sólo quisiera que usted continuase gozando de la estima de todos.

—Gracias. No se preocupe por eso. Ya hace tiempo que he aprendido a prescindir de la estima de los demás.

Ormandy volvió a vacilar.

—¿Tiene algún problema? ¿Algo en lo que yo pueda ayudarle?

Glen Palmer lo miró. Todavía estaba lívido, y había en sus ojos un destello apagado, una mueca amarga en su boca.

—Hay algo que sí puede hacer por mí, Peter.

—Lo haré con gusto. ¿Qué es ello?

—Dejarme solo.

* * *

—Mentira —masculló Bobo Loomis—. ¡Eso es una asquerosa mentira vuestra!

—¡Pero qué mentira ni qué narices...! ¡Ese tipo del que te has hecho tan amigo después de que te dio una paliza no es más que un embustero, un

embaucador! ¡Si yo fuese tú, iría a romperle la cara! ¡Es un bribón, un tunante que...!

—Dooley —cortó Bobo—, si sigues soltando mentiras por tu sucia boca, te la voy a convertir en papilla.

—Oye, Bobo, Dooley no está mintiendo —intervino otro—. Es la verdad, ese tío se ha negado a cumplir lo que ofreció. Le hemos llevado el dinero... ¡Tracey, enséñaselo! Míralo, quinientos dólares. Todos hemos apostado a su favor, y ahora nos hace esta cochinado... Deberías ir a decirle que pensase mejor el asunto, o lo vamos echar de Pine Springs a pedradas por cobarde y tramposo...

—¿A quién estás llamando cobarde y tramposo? —bramó Bobo.

—¡Qué demonios, le estoy llamando cobarde y tramposo a ese sujeto...! ¡Y si me apuras, ya que te pones de su parte, tú también eres un...!

¡Crack! Crujió el puño de Bobo en la mandíbula de su vecino, alzándolo como un pelele y tirándolo encima de los demás.

—¡Oye! —rugió Dooley.

¡Crack! Salió volando Dooley de un espantoso zurdazo en plena nariz.

—¡Os voy a romper a todos la bocota! —aullaba Bobo—. ¡Os voy a dejar convertidos en basura...!

En un instante, se organizó en la herrería una pelea sensacional, no menos de veinte hombres contra uno solo. Uno solo, pero, asombrosamente, comenzó a llevar la mejor parte desde el principio. Cada uno de sus puñetazos era como un cañonazo que enviaba lejos al infeliz de turno, mientras que los golpes que recibía parecían rebotar en su cuerpo, como si fuese de hierro...

—¡Se ha vuelto loco!

—¡Hay que pararlo como sea, o nos va a matar a todos...!

Como ciego y sordo. Bobo Loomis seguía repartiendo puñetazos a diestro y siniestro, hacia delante, hacia atrás, hacia abajo y hacia arriba... Con sus enormes puños, estaba ocupando prácticamente la salida de la herrería, hacia la cual corrían ya más y más vecinos del pueblo, gritando que Bobo se había vuelto loco... Y hasta tal punto parecía esto cierto, que, a pesar de que había causado un pánico completo en sus vecinos y amigos, que se alejaban de él para rehuir la pelea, no se contentó con eso, sino que pasó al ataque directo, cargando contra un grupo de cuatro que lanzaron un berrido de espanto cuando vieron llegar aquella mole aniquiladora, con los puños grandes como calabazas listos para machacar lo que fuese... De un solo puñetazo, tiró contra la pared a uno de ellos, rotas varias costillas, y de un revés envió volando a otro hacia la puerta.

Y así habría seguido, causando estragos, si uno de los asustados adversarios no hubiese tomado una medida radical; tomó las grandes tenazas que Bobo solía utilizar para sujetar las herraduras al rojo vivo, y, sin contemplaciones, descargó un golpe contra su espalda, que alcanzó también la nuca y la parte posterior de la cabeza.

Bobo Loomis cayó de bruces, fulminado, y en el acto se hizo un completo silencio. El que le había golpeado, miró las tenazas, desorbitó los ojos, las dejó caer, y se lanzó hacia la calle a toda velocidad..., siendo imitado rápidamente por todos los demás, asustados.

Cuando Peter Ormandy llegó corriendo a la herrería, en ésta se hallaba solamente Bobo Loomis, tendido en el suelo, con la cabeza llena de sangre. Bruscamente pálido, el *sheriff* se arrodilló junto a él, y le puso una mano en un lado del cuello. Lanzó un suspiro de alivio al comprobar que no estaba muerto, y se volvió, desorientado, justo en el momento en que Gertrude Loring entraba en la herrería precipitadamente, mirando a todos lados...

—Aquí, Gertrie —dijo Ormandy—. Ayúdame.

—¡Bobo! —gritó la muchacha—. ¿Qué...?

—Cálmate, esto no es nada para él... Pero será mejor que alguien atienda esta herida. ¡Los muy bestias! Quédate con él; iré a buscar al doctor Carruthers...

—Pero ¿qué ha pasado?

—Por lo que entiendo, Glen Palmer ha decepcionado a nuestros vecinos, que le han insultado, y luego, han venido aquí a decirle lo ocurrido a Bobo.

—¿Lo ocurrido? ¿Y qué es lo ocurrido?

—Palmer se ha negado a hacer la demostración por la que pido quinientos dólares, y todos dicen que es un farsante... Supongo que esto no le ha gustado a Bobo, que ha salido en su defensa, y le han dado un buen porrazo. Seguramente —señaló—, con esas tenazas.

—Habría que avisar a Glen.

-No. Ya he estado con él, y te aseguro que no está con ánimos ni humor para recibir a nadie. Iré a buscar al doctor Carruthers. No dejes solo a Bobo. No me sorprendería que se recuperase enseguida; si es así, impídele que se mueva como sea.

CAPÍTULO VII

—¿Dónde estoy? —musitó Bobo, contemplando aquel techo.

—En mi casa, Bobo. ¿Cómo te sientes?

El hercúleo herrero volvió la cabeza, y en el acto hizo un gesto de dolor. Se llevó las manos a la frente y notó aquella cosa blanda, esponjosa.

—¿Y... y qué hago aquí, Gertrie?

—Te trajimos para que el doctor Carruthers te curase. No podíamos dejarte en la herrería. Tienes un buen agujero en la cabeza, así que el doctor te ha puesto un vendaje.

—Sí... Ya veo... Bueno, parece que estoy vivo, ¿verdad?

—Carson fue quien te golpeó. Luego fue a ver a Peter y se lo dijo:... Está muy apenado, pero dicen... que te pusiste como una fiera, que los ibas a matar a todos.

Bobo Loomis se sentó en el sofá, y contempló en silencio el saloncito de recibo de la casa de los Loring. Estaban solos él y Gertrude. Afuera se veía la luz del sol, de un amarillo que comenzaba a tener tonalidades rojizas de ocaso.

—Creo que tienen razón —susurró—. Cuando vea a Carson le diré que no le guardo rencor. Pero no me gustó que dijeran aquellas mentiras de Glen, porque...

—No eran mentiras. Bobo.

El herrero dirigió una veloz mirada a la muchacha.

—¿Has visto a Glen? ¿Te lo ha dicho él?

—No quiere ver a nadie. Se ha encerrado en su cuarto del hotel... Pero sé que es verdad lo que dicen; la señora Ormandy lo vio y lo oyó todo. Todos lo vieron y lo oyeron.

—Ya entiendo. Estás de parte de ellos, ¿eh? Glen te...

Gertrude sonrió suavemente.

—Glen me ama, Bobo. Y yo a él. Estuvo en mi casa a verme, y tuvimos unas... palabras de sinceridad. Mañana, cuando él se vaya, yo me iré con él.

Loomis tragó saliva lentamente. Bien, ¿por qué sorprenderse? Y ni siquiera podía sentirse herido, porque en el fondo, siempre había sabido que era absurdo por su parte aspirar al amor de la bella muchacha. Por fin suspiró profundamente.

—Estoy seguro de que Glen te merece —susurró—. ¿Dices que se va mañana?

—Lo dice él.

—¿Por qué se va?

—No lo sé. Pero sé que nadie podrá conseguir que se quede.

—Está bien. Pero no entiendo esto. ¿Por qué ha permitido que le insulten? Sólo se trata de hacer una demostración... Disparar contra una sartén, o unas piedras, o algo así... Y dicen que tiene miedo de eso, de disparar... Gertrie, algo le ocurre a Glen.

—Sí, ya he comprendido eso.

—Voy a ir a preguntárselo. Y voy a intentar convencerle de que les haga una demostración a esos animales... Eso es lo que voy a hacer. Yo creo que se ha dado a este asunto tan idiota una importancia exagerada. Es una pura idiotez.

—Sí, lo es, Bobo.

—Bien —Bobo se puso en pie, vio su sombrero sobre una silla, y se inclinó a recogerlo; tuvo que sujetarse al sillón, pues la cabeza le dio un millón de vueltas en un segundo—. Creo que no debo esperar más. Hasta luego, Gertrie.

—Sería mejor que no fueses, Bobo.

—A mí también resulta difícil detenerme —sonrió secamente el herrero—. ¿Tú no vienes?

—No. Él y yo nos lo hemos dicho todo ya.

Bobo parpadeó. Se puso el sombrero de un manotazo, casi lanzó un aullido y, todavía viendo las estrellas, salió del saloncito y luego de la casa. No necesitaba reloj para saber que por lo menos eran las seis de la tarde. Es decir, que el porrazo que había recibido había sido de los buenos. Todo un señor porrazo.

—Ese cochino de Carson... —masculló.

Comenzó a caminar hacia el hotel, sin reparar en el gran silencio que se había hecho en la calle al aparecer él. La verdad era que no reparaba en nada ni en nadie... Pero sí reparó en el coche fúnebre que había delante de la puerta del hotel, y que le ocasionó un fuerte respingo.

—¡Demonios...!

Durante unos segundos, se quedó mirando el ataúd que había en el coche, sólidamente sujeto por correas y cubierto de polvo. Poco a poco, se fue dando cuenta de que se había metido de lleno en el centro del motivo de atención de todo el pueblo. En el pescante del coche fúnebre había un mexicano de fea caraza redonda, impasible, con una mosca junto a la boca. Miró el otro coche, que también tenía enganchados los dos caballos, y que estaba igualmente, cubierto de polvo.

De pronto, del hotel salió otro mexicano, también feo, chupado de cara y con marcas de viruelas, que le hizo una seña al otro, y subió al pescante del coche de viaje para vivos. El mexicano de la mosca en la boca condujo el coche hacia la funeraria, y el otro llevó el suyo hacia el establo. Como clavados, los pies al suelo, Bobo estuvo presenciando la escena de la funeraria. Mawly, el encargado de las pompas fúnebres, estaba en el porche, y ayudó al mexicano a bajar el ataúd cubierto de polvo. Dos o tres hombres más se acercaron, ayudándolos a ambos a meter el ataúd en la funeraria. Luego, el mexicano salió, subió al pescante, y llevó también aquel coche fúnebre al establo. Claro; los caballos tenían que descansar...

—Total —pensó Bobo—, que han traído un muerto desde México. Ya son ganas...

Entró en el hotel, y enseguida vio a Peter Ormandy ante el mostrador. Pero a Peter ya lo tenía demasiado visto, de modo que su atención se centró inmediatamente en las cuatro figuras enlutadas que estaban junto a él. Peter estaba hablando con una de ellas, y Bobo se acercó. Se quedó estupefacto ante la belleza de la muchacha mexicana que, alzando el velo, conversaba en aceptable inglés con Ormandy. Las otras tres señoras permanecían en silencio, muy modositas, inclinadas las cabezas, ocultos sus rostros por los velos negros. Y como no podía verles la cara, Bobo regresó su curiosa mirada hacia la mexicanita que sí se había alzado el velo. Era preciosa, tímida, y parecía muy triste.

—... Mejor esperar a mañana —decía a Peter Ormandy, entre unas cosas y otras llegaría la noche—. Nos quedaremos en el hotel, y por la mañana lo enterraremos y volveremos a México.

—Cuenten conmigo para todo —aseguró Ormandy—. Iré ahora mismo a ver al sepulturero, y lo dejaré todo preparado para mañana temprano. Ha sido un gran gesto el suyo, señorita.

—Papá era tan bueno... Perdone que mi padre no sea quien hable con usted.

—Me hago cargo —murmuró Ormandy.

—Hubiésemos preferido enterrarlo en México, que se quedase con nosotras, pero él... él siempre decía que quería..., que quería ser enterrado en Texas, y... y...

—Lo entiendo —tragó saliva Ormandy—. Le repito que no se preocupen por nada, señorita. Y será mejor que se retiren ya a descansar; yo me ocuparé de todo.

—Gracias... Muchas gracias. Es usted una buena persona...

La muchacha hizo todo lo posible por contener un sollozo, y se apresuró a bajarse el velo. Bruscamente, dio media vuelta, se volvió hacia las otras tres enlutadas damas, y tomó por el brazo a una de ellas, la más alta y gruesa; mientras las cuatro comenzaban a subir la escalera hacia las habitaciones, Bobo dio un tirón de una manga a Ormandy.

—¡Hey! Peter —susurró—. ¿Qué pasa?

El *sheriff* frunció el ceño y lo miró.

—¿De modo que ya estás de nuevo en marcha? —gruñó.

—Vete al demonio... ¿Quiénes son ésas?

—Una viuda y sus tres hijas. La madre estaba casada con un tejano, que murió hace dos días en México, y ellas, cumpliendo los deseos de él, han venido a enterrarlo en Texas.

—Vaya... Pobre gente... Es linda la mexicanita, ¿en?

Ormandy le dirigió una fulminante mirada.

—Siempre serás un bruto, maldito seas... Y óyeme bien; si vuelves a organizar...

—Bueno, bueno, ya ha pasado, ¿no? —refunfuñó Bobo—. Voy a subir ahora a ver a Glen para...

—Ni hablar de eso —se sobresaltó Ormandy—. Glen no quiere ver a nadie, así que olvídalo. ¡Y no quiero oírte una sola palabra, maldita sea tu estampa! Ya has ocasionado demasiados líos, así que ven conmigo y deja en paz a Glen... ¿Está claro?

Lo tomó de un brazo, intentando empujarlo hacia la puerta; pero lo mismo habría sido querer desplazar las Montañas Rocosas. El herrero ni siquiera se movió, mirando hoscamente al *sheriff*, que a su vez frunció el ceño.

—Bobo, aunque tenga que meterte en una celda...

—Está bien, está bien, hombre, iré contigo... Si no quieres que vea a Glen, pues no lo veré, y ya está.

—Eso me gusta más. Vamos.

Esta vez, Bobo aceptó dócilmente la conducción de Peter Ormandy. Salieron del hotel y se dirigieron hacia la funeraria. Por la calzada llegaban

los dos mexicanos y el *sheriff* los llamó por señas, y luego consiguió hacerles entender que quería ver el cadáver del tejano. Edgar Fisher, fallecido en México dos días antes. Los dos mexicanos asintieron vigorosamente con la cabeza, y fueron hacia la funeraria.

Dentro, Mawly estaba quitando el polvo acumulado sobre la caja durante el camino, tarea que se apresuró a terminar. Ormandy le hizo una seña a los mexicanos, y uno de éstos alzó primero un cierre y luego el otro para alzar, finalmente, la pesada tapa del ataúd...

En el acto, todos dieron un paso atrás, llevándose inmediatamente la mano a la nariz. La visión de un hombre como de cincuenta años, rígido, apretada la boca, tiesos los brazos a los lados del cuerpo, y con el rostro del color y el brillo de la cera, era desde luego poco soportable. Pero el hedor a muerte no pudo resistirlo nadie. El mexicano se apresuró a bajar la tapa, y miró a Ormandy con los ojos muy abiertos.

—Mucho sol, señor —dijo—. Dos días muertito —alzó dos dedos—. Dos días con mucho sol, señor... ¿Comprende?

Ormandy asintió con la cabeza, y un poco turbado retiró su mano de la nariz, haciendo seguidamente señas para que la tapa fuese nuevamente asegurada con los cierres. Terminada su labor, los dos mexicanos miraron a Ormandy con una sonrisita de disculpa.

—Tequila —dijo el de la caja—. ¿Usted sabe, señor? Nosotros tequila...

—Sí, sí —entendió perfectamente Ormandy—. Vayan a tomar un trago.

—Gracias. Buenas tardes, buenas... Adiós, señor.

Los dos mexicanos salieron, y Ormandy se encaró con Mawly.

—Oye, clava bien esa caja... o...

—No hace falta —sonrió Mawly—. Es de las buenas. Con no alzar la tapa, no pasa nada.

—De acuerdo. Prepáralo todo para mañana a primera hora. No es bueno tener un cadáver que huele así sin enterrar.

—Los he olido peores, Peter. Éste lleva dos días muerto nada más. Si tú hubieses olido un tipo que...

—Vete al demonio —masculló Ormandy—. No olvides tenerlo preparado todo para primera hora de la mañana. Bueno, Bobo, vamos a... ¡Bobo! ¿Dónde demonios...?

—Pero si se ha marchado —dijo Mawly—. Ha salido con los mexicanos, Peter.

Ormandy lanzó una imprecación, y salió a toda prisa de la funeraria, mirando hacia el Cholla Hotel, pero por allí no había ni rastro de Bobo

Loomis. Comenzó a maldecirlo por lo bajo, pero, de pronto, pensó que quizá había ido al Bang Saloon con los mexicanos y fue velozmente allí. Pero no. Bobo Loomis no estaba en el saloon. Habían vecinos del pueblo, los dos mexicanos tomando *whisky* o tequila ante el mostrador y que le saludaron con la mano al verle, los cuatro forasteros que habían llegado aquella mañana a caballo...

—Maldito pedazo de bruto —gruñó—. Como por tu culpa vuelva a haber jaleo... ¿Qué demonios te importa a ti que Glen quiera estar solo?

* * *

—Pues me importa —murmuró Bobo—. Si no fuese así, no habría venido, Glen.

—Está bien, Bobo. Te agradezco tu interés, pero insisto en que este asunto no te importa.

—Y yo insisto en que sí me importa. Escucha, Glen, cuando nos conocimos fue para darnos tortas, de acuerdo. Seguramente porque yo soy un pedazo de bruto, como dice siempre Peter. La verdad es que tú tenías razón, que es mejor que nadie ponga un revólver en mis manos. Ya he aceptado eso, ¿verdad? He estado hablando con Gertrie, y ella me ha dicho que te quiere, cosa que no me sorprende. Yo también te tengo afecto a mi manera. Eres un tipo que sabe ganarse...

—¿Qué te ha pasado en la cabeza?

—Nada que te importe.

Glen Palmer alzó las cejas.

—Tienes razón. Adiós, Bobo.

—¡No me da la gana de marcharme sin arreglar este asunto! Por todos los demonios, ¿qué te pasa? ¿Qué importancia tiene para ti pegar unos cuantos tiros y embolsarte quinientos dólares? Contentarías a todos, y podrías quedarte en Pine Springs.

—No tengo por qué contentar a esos salvajes.

—¡Pero sólo se trata de una demostración, no de matar a nadie, Glen! Ya sé que ellos están desorbitando las cosas por una tontería, pero ¿qué importancia tiene?

—Déjame en paz —se tensó la voz de Glen.

—Mira, Glen, si no quieres hacerlo por ellos, hazlo por mí.

—¿Por qué tengo que hacerlo por ti?

—Bueno... Soy tu amigo, y...

—Yo no tengo amigos...

—¿Qué? —palideció Bobo.

—Lo he dicho bien claro me parece. No tengo amigos, no quiero tenerlos. Nadie es amigo mío, ni de nadie deseo la amistad. Y no veo por qué tú has de ser diferente a los demás para mí. Déjame en paz de una maldita vez.

Bobo Loomis estaba más pálido que el tejano recién llegado a Pine Springs en un ataúd. Durante unos segundos, muy abiertos los ojos, estuvo mirando fijamente a aquel nombre que le había vencido a puñetazos, y que luego había sabido ganarse su amistad, su afecto verdadero, de un modo simple, sencillo, con, toda naturalidad.

—Glen..., ¿estás hablando en serio?

-Lárgate —insistió fríamente Glen—. ¿Es que no puedes entender esto?

Volvió a sentarse en la mecedora, sacó un cigarro, mordió la punta, lo encendió... Cuando se volvió para mirar hacia la puerta, Bobo Loomis ya no estaba en la habitación.

Un gesto crispado apareció en el impenetrable rostro de Glen Palmer. Luego, siguió fumando, contemplando por la ventana cómo el cielo se iba oscureciendo.

CAPÍTULO VIII

El bigotudo propietario del Bang Saloon se acercó a la mesa donde los seis hombres llevaban varias horas jugando al póquer. Tres de ellos eran de Pine Springs. Los otros tres eran del grupo de forasteros, y el cuarto de ellos permanecía sentado entre dos de sus compañeros, contemplando el juego con expresión cada vez más aburrida, a punto de dormirse de un momento a otro al parecer.

Ellos seis y Bobo, eran los únicos que quedaban en el saloon a aquellas horas. El *sheriff* había dado varias vueltas por allí, pero finalmente se había retirado a descansar, tras dirigir una mirada preocupada a Bobo Loomis, que permanecía en un rincón sombrío, con una botella de *whisky* ante él. Ormandy se había dado cuenta de que Bobo estaba borracho, pero lo conocía demasiado bien, desde mucho tiempo atrás, para molestarlo. Sabía que el herrero estaba pasando un mal momento, y ni siquiera le había censurado haberle burlado para ir a ver a Glen Palmer en contra de sus órdenes.

Nadie había molestado a Bobo. Lo habían dejado solo en su mesa, y él, por su parte, se había limitado a ir bebiendo con la mirada fija, perdida en un mundo que sólo él podía ver. Y así llevaba varias horas como petrificado.

Afuera, en la calle mayor de Pine Springs, el silencio era total.

—Bueno —masculló Maxwell—, yo creo que ya es hora, de cerrar, señores.

El único que pareció alegrarse ante la perspectiva fue el forastero que no jugaba. Los otros tres forasteros, y los tres ciudadanos de Pine Springs enzarzados en aquel duelo de naipes con los forasteros, miraron hoscamente al propietario del saloon.

—Hombre, no fastidies, Maxwell —protestó uno de los jugadores locales.

—Lo siento. Demonios, son casi las tres de la mañana, Pike.

—¿Qué...? —respingó uno de los forasteros; sacó su reloj del bolsillo del chaleco, miró la hora incrédulamente y luego cambió una mirada con sus compañeros—. Es cierto... Son casi las tres, muchachos.

—Ahora vienen las sorpresas, ¿no? —gruñó el que no jugaba—. Hace ya siglos que os vengo diciendo que es mejor ir a dormir unas horas. Y al fin y al cabo, no estáis ganando ninguna fortuna.

—Déjanos dar unas cuantas manos más, hombre —insistió Pike, mirando a Maxwell.

—Oye, qué yo también tengo que descansar —refunfuñó Maxwell—. A mí me parece que por esta noche ya está bien. Tenéis todo el día siguiente para continuar la partida si queréis.

—No podrá ser —dijo otro de los forasteros—. Mis compañeros y yo tenemos que seguir viaje hacia México por la mañana. Habíamos pensado salir al amanecer.

—Al amanecer, ¿eh? —dijo el que no jugaba—. Bueno, tenemos tiempo de ir al hotel, acostarnos y levantarnos. Sólo eso. Casi preferiría seguir el viaje sin dormir.

—Quizá tengas razón —reflexionó otro de los forasteros—. Si nos metemos ahora en una cama como Dios manda, vamos a dormir como leños hasta mediodía por lo menos... Y el patrón nos haría trizas si no cumplimos el trabajo en México mañana mismo. Oigan —miró a los tres jugadores locales—, me parece que mis amigos y yo vamos a seguir el viaje ahora mismo si no tienen inconveniente.

—Yo estoy perdiendo —dijo uno.

—Y yo.

—Pues yo gano setenta dólares —rió Pike.

—No lo alarguen tanto —insistió Maxwell—. Yo creo que la partida ha sido buena, y que es hora de terminarla.

—Por nosotros no hay inconveniente —aseguró el forastero—, pero si estos señores pierden... Miren, nosotros tenemos que volver a pasar por aquí cuando terminemos el trabajo en México, así que si les parece nos volveremos a ver entonces.

—A mí me parece que estos señores no pueden ser más razonables —colaboró Maxwell—. Y no tenemos derecho a molestarles en su trabajo. Si han de seguir cabalgando sin dormir, ya es bastante molestia. Y qué demonios, ¡son casi las tres de la mañana!

Los dos jugadores locales que estaban perdiendo acabaron por encoger los hombros.

—Está bien, basta por hoy. Ya nos veremos, forasteros... ¿Cuándo volverán a pasar por Pine Springs?

—Dentro de unos quince días. Y les aseguro que pasaremos por este saloon. Ha sido una noche completa.

—Lo mismo diría yo si estuviese ganando.

Rieron todos quedamente. La situación no podía ser más razonable, así que los tres jugadores locales se despidieron y abandonaron el saloon. Los cuatro forasteros se desmerecieron, el que no había jugado comenzó a refunfuñar, y los otros riendo, le dieron unos formidables trastazos en la espalda.

—Cálmate, hombre —aconsejó uno de ellos—. ¡Pero si es estupendo cabalgar de madrugada!

—Vete al diablo.

Los otros tres volvieron a reír. Uno de ellos tendió unos billetes a Maxwell, pidiendo:

—Cóbrese y denos otro par de botellas para el viaje. Me parece que la noche está muy fría aún, y el *whisky* nos irá calentando.

—Buena idea —aprobó uno de sus compañeros.

Maxwell fue en busca de las dos botellas, y los forasteros, bostezando, miraron al silencioso y sombrío Bobo, que más que nunca parecía de piedra.

—¿Qué le pasa a ése? —musitó uno de los forasteros.

—Nada importante.

—¿Es de la casa?

—No. También se va a ir ahora... Bueno, espero que no se ponga tonto.

—¿Necesita ayuda?

—¿Contra Bobo? —se sorprendió grandemente Maxwell—. Desde luego que no.

—En ese caso, adiós. Es decir, hasta dentro de quince días.

—Buen viaje.

Los cuatro forasteros abandonaron el saloon, y Maxwell se acercó no poco amedrentado a su vecino y amigo, el buen Bobo. Le puso una mano en el hombro, y Bobo volvió la cabeza hacia él.

—No te enfades. Bobo, pero quisiera cerrar. Es muy tarde.

El herrero estuvo mirándolo unos segundos, inexpresivo. Luego se puso en pie, agarró la botella y se dirigió hacia la puerta, dando algunos traspiés. Maxwell se acercó a ayudarlo, pero fue rechazado bruscamente. Bobo llegó a las batientes, quedó apoyado en ellas por los sobacos, y su mirada se perdió estúpidamente en el exterior.

De pronto comenzó a cantar:

La noche ya ha llegado

mi amor se ha marchado,
y mi pobre corazón,
está... está...

Uno de sus brazos se soltó y salió como disparado del saloon... Cuando Maxwell miró por encima de las batientes, vio a Bobo sentado en la calzada, echando otro trago directamente de la botella. Luego, lo vio ponerse en pie y alejarse, canturreando, deteniéndose cada pocos pasos para soltar un tremendo hipido.

«Mañana estará bien —pensó Maxwell—. Es como un niño...».

Y se dispuso a cerrar.

Así que, pocos segundos después, la única luz no proveniente de los faroles de la calle, desapareció, y Bobo Loomis se encontró solo como nunca en su vida, inmerso en él más denso de los silencios que recordaba.

La noche ya ha llegado
mi amor se ha marchado...

Dando tumbos de un lado para otro, riendo de vez en cuando, Bobo siguió su caminó hasta que, de pronto, en un callejón observó algo que se movía. Algo grande y oscuro. Fue sólo un instante, pero el hercúleo herrero sonrió amistosamente.

—Amigo —llamó—, amigo del alma, aquí estamos en la negra noche... ¡Toma un trago, amigo mío...!

Se metió en el callejón, al cual a duras penas llegaba la luz de la calle Mayor. Por un momento creyó que se había equivocado, pero no. No. Allá, pegado a la pared, había un hombre... ¡Demonios, no, no era un hombre...!

Se detuvo delante de aquella persona, estupefacto. Y de pronto sonrió.

—Hola, viudita —dijo—. ¿O eres una de las huerfanitas?

La enlutada mujer, cubierto su rostro por el velo, no se movió, no contestó. Bobo parpadeó. Quizá estaba viendo visiones,... Pero no. No, no, no... Allá tenía a una de las mexicanas que habían llegado aquella tarde. Seguro. Tan enlutada con su velo... La mujer permanecía pegada a la pared, tan completamente inmóvil como si fuese una sombra más.

—¿Estás asustada? Pues no debes asustarte de mí —sonrió de nuevo el herrero—. Todo el mundo sabe que Bobo es inofensivo... Sólo que esta noche... ¡hip...! ¡Je..., je! Me ha dado por echar unos tragos... ¿Quieres uno? ¿O no bebes? ¡Yo sí bebo!

Y bebió, en efecto, otro trago. La enlutada dama seguía inmóvil, a muy pocos pasos de Bobo, que comenzó a considerar excesiva la distancia, así que se acercó.

—Te diré una cosa, jovencita —farfulló—. Éstas no son horas para que una dama ande solita por las calles, porque... ¡hip...! pueden ocurrirles muchas cosas feas. Pero yo soy un... ¡hip! buen chico, y lo único que quiero de ti... es ver tu linda cara.

Alzó la mano libre, asió el velo y lo alzó. Y esta vez sí se quedó definitivamente estupefacto, en lugar de una linda cara, vio un rostro ceñudo, hosco, con un tupido bigote sobre el labio superior, y barba de varios días en las que debían haber sido tersas mejillas delicadas.

—Ca... ra... coles... —parpadeó por fin—. Debo estar viendo...

Ya no dijo nada más. De pronto, notó en el vientre aquella dolorosa sensación fría, terrible, penetrante. Tan dolorosa, tan fría que durante un par de segundos quedó inmóvil, con la boca abierta, el rostro desencajado; de pronto, soltó la botella, que se hizo añicos en el suelo, y él se fue detrás, cayendo de espaldas, tirando con fuerza del velo, aún sujeto en su crispada mano, de modo que lo arrancó, se lo llevó consigo dejando al descubierto el rostro de un hombre, que siguió a Bobo al suelo, alzó el cuchillo que acababa de utilizar, y volvió a clavarlo en el cuerpo del herrero de Pine Springs. Bobo emitió un gemido entrecortado, y luego quedó inmóvil.

El hombre vestido de dama enlutada se incorporó, y dio un tirón al velo que Bobo sujetaba todavía. Pero el velo no cedió de modo que el asesino tuvo que volver a tirar con más fuerza. Luego, ya recuperado el velo, corrió hacia el fondo del corto callejón, donde otra huerfanita enlutada salió a su encuentro.

—¿Qué ocurre? —musitó.

—Daos prisa, he tenido que matar a un borracho.

-Bueno, tranquilízate. Tenemos tiempo de todo antes de que se haga de día...

CAPÍTULO IX

La llegada del nuevo día encontró a Glen Palmer sentado en la mecedora, inmóvil, con un cigarro apagado entre los dientes. No había dormido ni un solo segundo, no se había movido. Horas y horas allí sentado, esperando, esperando... Sí. Igual que había hecho en otros sitios, tendría que marcharse.

Cuando se movió, por fin, la claridad del día era completa, pero aún no se oía ningún ruido en la calle. Aunque, en realidad, no le importaba. Sólo tenía que ir a por su caballo y marcharse.

Eso era todo.

Se miró al redondo espejo del aguamanil, y torció el gesto. Tampoco tenía por qué darles la satisfacción de salir con aquel aspecto de derrotado...

Media hora más tarde, cuando ya en la calle se oían voces y pasos de caballos y carruajes. Glen Palmer estaba afeitado y con bastante mejor aspecto general, pese a que había vuelto a ponerse sus viejas ropas. Todo lo demás, lo metió en las alforjas. Cerró éstas, se las echó en un hombro y, justo cuándo comenzaba a dirigirse hacia la puerta, comenzó a oír las voces excitadas en la calle. Se detuvo en seco, vaciló y acabó encogiéndose de hombros. A él había dejado de interesarle lo que pudiese suceder en Pine Springs.

Bajó tranquilamente al vestíbulo del hotel, donde no había nadie. Dejó las alforjas sobre el mostrador, sacó unos billetes y dio un manotazo al timbre de campanilla. Nadie acudió. Sacó la bolsita de tabaco tras buscar en vano uno de aquellos buenos cigarros de Virginia y comenzó a liar un cigarrillo. En la calle había un jaleo espantoso y comprendió que el encargado del hotel tardaría mucho en volver allí, de modo que cogió el timbre, salió al porche y comenzó a hacerlo sonar, impenetrable el rostro. Algunas personas se volvieron a mirarlo; muchas de ellas habían formado parte del grupo que el día anterior le habían insultado y tirado las boñigas, pero en aquel momento no le concedieron el menor interés. La excitación era enorme, todos corrían hacia el centro de la plaza... Gritaban todos tanto que no pudo entender nada.

Pero, finalmente, el encargado del hotel o bien oyó la campanilla, o bien fue avisado, porque se separó del grupo, corriendo hacia allí, agudísimo. Todavía no había llegado al porche cuando gritó:

—¡Han robado en el Banco! ¡Se han llevado todo..., más de cien mil dólares...!

—Cálmese y prepáreme la cuenta —dijo fríamente Glen—. Me marcho ahora mismo de Pine Springs.

El hombre se quedó mirándolo boquiabierto. Luego los dos entraron en el hotel, y el encargado pasó tras el mostrador. Un solo vistazo al rostro de Glen Palmer le convenció de que lo mejor era no decir una sola palabra más. Glen pagó, volvió a cargar con sus alforjas, y salió del hotel, directo hacia el establo público.

Y de pronto la vio.

Gertrude estaba a caballo. Vestía pantalones masculinos, camisa y cazadora. En la grupa de su caballo se veía el petate de viaje. Ella lo miraba fijamente, eso era todo. Pero Glen Palmer comprendió, y una leve crispación tensó sus facciones. Durante unos segundos, como sordos y ciegos a todo lo ajeno a ellos mismos, estuvieron mirándose, por encima del vociferante grupo de vecinos. Eran como dos islas de calma en medio de un mar tempestuoso, como si no formasen parte de aquel cuadro, de aquella escena de la vida.

De pronto, Glen Palmer se movió, siguió su camino. Algo nuevo pasó inesperadamente: la gente comenzó a correr hacia otro sitio, cada vez más excitada. La palabra «banco» dejó de oírse, para dejar paso a otra: Bobo. Y con la palabra Bobo llegó también a oídos de Glen Palmer la palabra «muerte». Súbitamente sobresaltado al asociar ambas palabras, Glen miró hacia la riada de gente que corría hacia el callejón lateral del banco. Y cuando vino a darse cuenta, también él corría hacia allí. Cuando llegó, la masa de vecinos parecía insalvable, pero él se abrió paso a golpes, furiosamente, hasta que al ver a Bobo Loomis tendido en el suelo, quedó inmóvil, lívido.

—Bobo —susurró.

Acabó de apartar a varias personas más, y se arrodilló junto al herrero. Inmediatamente se dio cuenta de que estaba muerto. Su rostro estaba crispado en una mueca de dolor, lívido, rígido. Tocó una mejilla, que estaba fría..., Espeluznantemente fría. Luego, Glen Palmer miró las dos manchas de sangre seca, una en el vientre y otra sobre el corazón de Bobo Loomis.

Pero, posiblemente, con todo y ser ya cadáver, Bobo no estaba tan frío, tan congelado como Glen Palmer, el cual no se daba cuenta de nada de lo que sucedía a su alrededor.

Peter Ormandy, desencajado el rostro, apareció de pronto ante él, al otro lado de Bobo. El *sheriff* de Pine Springs estaba tan aturdido que, como Glen, tardó en comprender las palabras que sonaban a su alrededor. De pronto, alzó la cabeza y exclamó:

—¿Qué dices, Maxwell?

—¡Digo que debieron ser aquellos cuatro forasteros! Ellos se fueron casi a las tres de la madrugada, y Bobo salió un minuto después... Decían que iban a seguir viaje a México, pero...

Peter Ormandy no tardó en llegar a una conclusión. Y no fue el único, tras escuchar las explicaciones de Maxwell. La cosa no podía estar más clara; los cuatro forasteros que habían estado jugando al póquer lo habían preparado así para entrar en el Banco y llevarse todo el dinero.

Posiblemente, Bobo vio algo, se acercó y lo mataron a cuchilladas, evitando usar el revólver que habría alarmado a todo el pueblo. Bobo estaba borracho, ni siquiera debió tener tiempo para defenderse...

Peter Ormandy comenzó a dar gritos pidiendo voluntarios para formar una posse y salir en persecución de los cuatro forasteros. Alguien recordó que si habían partido a las tres de la madrugada, ya debían estar en México con el dinero, pero Ormandy no hizo el menor caso. Siguió dando gritos, y la posse comenzó a formarse rápidamente.

Mientras tanto, Gertrude había llegado junto al cadáver de Bobo, ocupando el sitio dejado vacante por el *sheriff*. La muchacha se dio cuenta de la intensa palidez de Glen, pero no hizo comentario alguno. Era como si, en efecto, todo, estuviese dicho ya entre ellos, como si ya jamás fuesen a necesitar las palabras para entenderse...

—¿Viene usted, Glen?

Glen Palmer alzó la cabeza, y miró mortecinamente al *sheriff*.

—¿Eh...?

—Vamos a necesitar hombres que sepan tirar de verdad, así que contamos con usted. ¡Saldremos dentro de dos min...!

—No. No cuenten conmigo.

Un brusco silencio de tumba se hizo en el lugar. Todas las miradas estaban fijas en Glen Palmer, pero éste, sin hacer caso a nada ni a nadie, se cargó sobre los hombros a Bobo, ayudado por Gertrude. Como si la pesada carga del gigantesco herrero no tuviese importancia. Glen Palmer se alejó, directo hacia la funeraria.

—Maldito cobarde —jadeó alguien—. ¡Bobo ha muerto por su culpa, lo sé! Si no hubiese comenzado a beber por...

Gertrude emitió un sollozo y echó a correr en pos de Glen. No quería oír nada más, no quería saber nada más de lo que dijese de Glen Palmer... Lo alcanzó enseguida, y llegaron juntos a la funeraria seguidos por Mawly, que se apresuró a abrir la puerta. Entró detrás de Glen y Gertrude, y se estremeció cuando vio fijos en él los ojos del primero.

—Prepare el mejor ataúd, Mawly —susurró Glen.

—Sí... Sí, señor. Déjelo sobre ese banco, mientras tanto...

Glen aceptó la sugerencia. Depositó a Bobo sobre el banco de trabajo y se quedó mirándolo, con Gertrude a su lado.

La puerta se abrió de pronto, y entraron los dos mexicanos empleados de la viuda y las huérfanas de Edgar Fisher, el tejano que había querido ser enterrado en Texas.

—Buenos días, señor... Buenos días, señorita —dijo uno de ellos humildemente—. Perdonen pero...

Glen les dirigió una mirada, pero pareció no verlos siquiera. Los dos mexicanos se pusieron a conversar con Mawly, que seguidamente se acercó amedrentado a Glen.

—Señor Palmer... Bueno, estos mexicanos trajeron ayer el cadáver de un hombre y quedamos en enterrarlo a primera hora. Ése es el ataúd —señaló—. El *sheriff* dijo que...

—Haga lo que tenga que hacer —cortó Glen—. ¿Puedo escoger yo mismo el ataúd para Bobo?

—Oh, sí... Si, señor, sí... Volveré cuanto antes.

Salió precipitadamente con los mexicanos. Luego, volvieron a entrar los tres y cargaron con el ataúd de Edgar Fisher, sacándolo a la calle, donde ya esperaba el coche fúnebre mexicano. Por la ventana, Glen Palmer vio salir a las cuatro mujeres enlutadas y subir al otro coche, que partió en pos del que transportaba el ataúd del tejano muerto en México.

Luego, su mirada, incierta, vidriosa, volvió al rígido rostro de Bobo Loomis.

—Es verdad —dijo de pronto—, ha muerto por mi culpa, Gertrude.

—Glen, no... No es así. Bobo se emborrachó y...

—Le conocía hacía poco, pero lo suficiente para saber que él no era de los que se emborrachan. Lo traté como a un perro, Gertrude. Él me quería de verdad, sentía un gran afecto por mí, y yo... le dije que no tenía amigos, ni siquiera él lo era... Lo traté peor que a un perro. Sí... Eso hice con un hombre que después de recibir una paliza, de haberlo puesto en ridículo, me entregó completamente su amistad... Solamente soy una mala bestia cobarde que...

Gertrude le tomó una mano, y Glen se calló. La muchacha volvió a notar fría la mano del hombre que amaba. Fría, helada. Y en su frente estaba de nuevo aquel fino sudor, como de angustia.

—Glen, no pienses en...

—¿Qué le pasó en la cabeza? —señaló Glen el vendaje.

—Nada... Nada. Un... un golpe.

—¿Un golpe? ¿Qué clase de golpe?

—Bueno...

Glen la miró hoscamente.

—¿Por qué no quieres decírmelo?

—Le... le dieron con unas tenazas o un martillo... No sé... Se peleó con algunos amigos.

—¿Por qué?

Gertrude bajó la cabeza.

—Fueron a decirle que tú eras un... un farsante y otras cosas, y él... se enfadó y comenzó a golpes con todos ellos... Los hubiese hecho pedazos si no lo hubiesen parado con ese golpe.

Glen Palmer desasíó su mano de las de Gertrude, fue a sentarse, y escondió el rostro entre las suyas. Gertrude no se movió ni siquiera cuando él alzó por fin el rostro y la miró. Había un extraño silencio en Pine Springs, y allí mismo en la funeraria... No se oía nada. Hacía ya rato que la posse al mando de Ormandy había ido a enterrar al tejano llegado de México... Era un silencio denso, extraño, terrible.

—¿Pensabas venir conmigo? —preguntó Glen.

—Sí.

—Estás loca —sonrió él, amargamente—. Yo ni siquiera serviría para defenderte. Olvídalo todo, Gertrude... Quiero que te quedes. Entiendo que os han robado todo el dinero que había en el banco.

—Sí.

—Supongo que es un golpe serio para vosotros.

—La ruina completa... No sé qué puede intentar papá, pero no le será fácil sea lo que sea.

—En ese caso, va a necesitar tu ayuda. Sí... Es lo mejor. Te quedarás con él, y yo me iré. Siento lo que os ha ocurrido, siento lo de Bobo. Y hasta siento seguir con vida.

—Glen...

—Ayúdame a escoger un buen ataúd para él. No podemos tenerlo todo el tiempo ahí, como si fuese... una cosa.

Minutos después. Bobo había sido colocado en un ataúd, y, justo entonces, la comitiva de las enlutadas mujeres regresaba del cementerio. Mawly entró en la funeraria un poco sudoroso, turbado.

—Ya está —dijo un suspiro—. ¡Pobre gente, cómo sollozaban!

Glen miró por la ventana hacia el hotel. La viuda y sus hijas se habían apeado del coche, y, seguidas por los dos mexicanos, entraron. Al poco, salieron los mexicanos llevando el reducido equipaje, que cargaron ahora en el coche fúnebre, y luego cada uno ocupó un pescante, mientras, sin duda, las mexicanas pagaban su cuenta...

—Deberíamos ponerle mejor esta mano —susurró Gertrude—. Resulta demasiado grotesca así.

—¿Qué? —bajó Glen la mirada.

—Tendríamos que abrirle la mano a Bobo y cruzarle las dos sobre el pecho o algo así. Me... me estremece este puño cerrado tan... rabiosamente, Glen.

—Sí, tienes razón... Yo lo haré.

Tomó el crispado puño de Bobo, tan grande, tan fuerte... ¡No fue nada fácil abrirle los dedos! Y cuando lo consiguió, se quedó mirando desconcertado aquella pequeña cosa negra que había estado en el puño de Bobo Loomis. La tomó y la pasó entre sus dedos. Era tela, desde luego. No tela corriente, pero...

—Las mexicanas se están despidiendo ya —susurró Mawly.

Glen Palmer miró hacia el hotel. En el porche, una de las enlutadas mujeres estaba conversando con el encargado que había salido a despedirlas, evidentemente. Glen bajó la mirada hacia el trozo de tela negra. Luego volvió a mirar hacia el porche del hotel... Y de nuevo el trozo de tela negra.

Algo parecido a una llama negra pareció ir apareciendo en los ojos de Glen Palmer, cuyo rostro lívido comenzó a adquirir color, hasta el punto de que, en pocos segundos, aquella rabia sorda, aquella furia, no sólo enrojeció su rostro, sino que provocó un fuerte, visible latido en las venas de sus sienes. Fue como si todo se fuese ennegreciendo, como si toda la luz desapareciese, y sólo quedase en sus pupilas sitio para el porche del hotel, para aquellas personas que había allí vestidas de negro...

De pronto, Glen Palmer se dirigió hacia la puerta, abrió y salió, oyendo la voz de Gertrude.

—¡Glen! ¿Adónde vas?

Bajó del porche de la funeraria y caminó hacia el centro de la calzada, mientras sus sienes seguían latiendo fuertemente, velozmente, y sentía en su

cabeza un zumbido.

Se desvió hasta que, desde aquel punto del centro de la calzada, pudo ver bien a las cuatro damas enlutadas y a los dos mexicanos. La gente lo miraba con curiosidad y hostilidad, pero él no veía otra cosa que aquellas damas de negro.

Alzó la mano izquierda, mostrando el trozo de tela negra y grito:

—¡Eh!

Los dos mexicanos fueron los que más se sobresaltaron. Miraron a aquel hombre, debieron, ver el trozo de velo negro y al instante algo debieron comprender, porque lanzaron una exclamación, un grito de aviso, al mismo tiempo que llevaban sus manos hacia los revólveres...

¡Bang... bang!, restalló el revólver de Glen Palmer.

Para los habitantes de Pine Springs que se habían quedado, fue lo más alucinante que habían presenciado en su vida. Como si de un auténtico rayo se tratase, la mano derecha de Glen había sacado su revólver y los dos disparos parecieron uno solo. Sin embargo, los dos mexicanos fueron arrancados del pescante en fantástico salto de pirueta, para ir a caer de cabeza al polvo cuando sus manos ni siquiera estaban a mitad de camino hacia sus revólveres.

Fue todo tan veloz, tan increíble, tan impresionante, que cuando terminó, los curiosos ni siquiera habían, tenido tiempo de empezar a correr para ponerse a salvo de las balas perdidas.

Fue un rayo que descargó aquella mañana sobre Pine Springs.

Por seis veces.

Porque todavía estaban los mexicanos saltando con una bala cada uno en la cabeza, cuando Glen Palmer volvió a disparar. La bala pasó rozando a Mawly, cuya sorpresa era tan grande al ver el revólver que había aparecido en la mano de la «viuda» que ni siquiera se movió. Ni reaccionó al verla saltar hacia atrás, lanzando un brevísimo grito de agonía, de dolor.

La muchacha mexicana que había estado hablando tan tristemente con él, también sacó un revólver, cualquiera sabía de dónde, y disparó hacia Glen Palmer, que se estremeció al tiempo que volvía a disparar, con el mismo escalofriante acierto; su balazo pareció arrancar del suelo a la muchacha mexicana, en cuyo dulce rostro apareció una mueca de odio que congeló la sangre en las venas de Mawly, mientras de su boca brotaba una horrenda maldición... y mientras las otras dos huerfanitas, que habían saltado del porche buscando la protección de los carruajes, ya pistola en mano,

disparaban también contra Glen Palmer, que volvió a estremecerse y a disparar por dos veces más.

Una de las huerfanitas cayó de rodillas, con el velo destrozado por el balazo y las salpicaduras de sangre. La otra, al recibir la bala en pleno corazón, salió hacia atrás, rodando verticalmente varias veces para, finalmente, caer de espaldas sobre el polvo, los brazos y las piernas, formando una gran equis.

Y bruscamente, enseguida después de que el rayo hubo descargado por seis veces su terrible fuerza en Pine Springs, llegó el silencio.

El más completo y terrible silencio.

Unos miraban a las enlutadas muchachas muertas en el porche y en la calzada; otros, hacia los mexicanos, pero, finalmente, todos miraron hacia Glen Palmer, que permanecía erguido, ahora tan intensamente pálido que parecía muerto. En su mano derecha el revólver todavía a la altura de la cadera, apuntaba hacia la última víctima aún, despidiendo una levísima hilacha de humo por la boca de fuego.

Por unos segundos fue como si todo se hubiese convertido en cristal frío, duro, eterno.

Luego, con gesto seco y veloz, Glen Palmer regresó el revólver a su funda, dio un cuarto de vuelta, comenzó a caminar hacia la funeraria y rodó por el suelo.

Notó en su boca el sabor del polvo, y el día lleno de sol se convirtió en densa oscuridad. Desde muy lejos llegaba una voz bien conocida, bien amada, llamándole:

—¡Glen! ¡Gleennn...!

Luego oyó el sollozo muy cerca de él. Pero no veía nada. Solamente una densa, impenetrable oscuridad. Siempre como de lejos, de muy lejos, llegaban voces:

—¡Son hombres...! ¡Las huérfanas son hombres vestidos de mujer...!

-Ya ha ido Warren, Gertrie, el doctor Carruthers viene ahora mismo...

—¿Quién entiende de esto? ¿Qué ha pasado?

—¡Cómo ha disparado...! ¡Y decíamos, que era un farsante...!

Una crispada sonrisa apareció en los labios de Glen Palmer.

Luego se hundió en la más absoluta oscuridad.

CAPÍTULO X

Estaba seguro de que había visto varias veces el rostro de Gertrude inclinado sobre él. Pero aquella vez era tan cierto y seguro que ya no podía dudar.

—Gertrude...

—No te fatigues. Te pondrás bien dentro de pocos días... No te preocupes por nada, Glen.

—Tengo... tengo que levantarme para ir... al entierro de Bobo.

—Lo enterramos ayer mismo.

Glen Palmer se quedó mirando primero el techo. Luego la ventana con bonitos visillos, a través de los cuales se veía la claridad amarilla del sol.

—¿Hoy es el día siguiente? —murmuró.

—Sí, Glen.

—¿Dónde estoy?

—En un dormitorio de mi casa.

—¿No puedo cabalgar?

—Por lo menos en ocho o diez días, no. Pero quizá puedas levantarte un rato pasado mañana... si no haces imprudencias antes. El doctor Carruthers te sacó dos balas y te hizo una buena cura... No lo estropees tú ahora, Glen.

El herido asintió con la cabeza, y luego miró al otro lado de la cama. Se quedó atónito.

—Señora Ormandy... —musitó.

—Hola, muchacho —sonrió la esposa del *sheriff*.

—¿Qué hace usted aquí?

—De visita.

Glen sonrió y volvió a mirar a Gertrude.

—¿Alcanzaron a los forasteros que robaron el banco?

—No. Peter y la posse llegaron hasta la frontera siguiendo sus huellas, pero la ventaja era demasiada.

—Entonces han vuelto con las manos vacías.

—Sí. No creo que volvamos a ver nunca a esos cinco hombres.

—¿Cinco? Me pareció entender que eran cuatro...

—Luego otro se reunió con ellos. Eso dice Peter. Primero eran cuatro, pero parece que alguien les esperaba y se unió al grupo.

—Sí... Claro, todos eran cómplices... Debían tenerlo estudiado todo muy bien...

—Peter —intervino Harriett Ormandy— dice que aquellos sujetos vestidos de mujer debieron ser los que, mientras los otros, jugaban al póquer, forzaron la caja del banco... Luego les dieron el dinero los cuatro que habían estado jugando al póquer, y éstos partieron hacia México, mientras los que se habían disfrazado de mujer seguían haciendo su papel engañándonos a todos. El único que debió ver algo de esto fue Bobo y...

—Bobo murió por mi culpa... Y no me consuela lo más mínimo haberlo vengado. Debí escucharle y hacer esa estúpida demostración con el revólver...

—Supongo —susurró Gertrude— que algún día me explicarás qué te ocurre, Glen... O qué te ocurría.

—¿Qué me ocurría? Es simple: soy un maldito cobarde. Yo asesiné a un niño.

Gertrude respingó y palideció. Harriett Ormandy se mostró mucho más serena, se controló mejor.

—¿Asesinó a un niño? Vamos, Glen...

—Tenía tanto miedo, que ni yo mismo podía creerlo —pareció no oír Glen a Gertrude—. Sí, tanto miedo que hubiese querido morirme entonces, allí mismo, en aquel instante. Y ellos se dieron cuenta. Sí... Debieron ver el miedo en mis ojos, lo comprendieron y... comenzaron a reír. Uno de ellos saco su revólver y disparó con ira mí, arrancándome el sombrero, pero ni aún así pude reaccionar. Entonces, montaron en sus caballos para marcharse, pero lo hicieron disparando a todos lados, asustando a todo el mundo, rompiendo cristales, agujereando barriles... Una de las balas que aquellos hombres dispararon mató a un niño.

—Dios mío...

—Luego los cazaron a los tres en unas montañas y los... los lincharon allí mismo. Lo supe tiempo después... Para entonces, ya me habían echado de Albuquerque, aunque todavía me pregunto cómo no me lincharon a mí también. Me lo merecía.

—Todos hemos tenido alguna vez un miedo profundo, Glen —murmuró la señora Ormandy.

—Y de todos modos, tú lo has superado —añadió Gertrude—. Un hombre que se enfrenta a seis, no es un cobarde, Glen:

—Y por otra parte insisto en que todos hemos tenido miedo alguna vez, muchacho —dijo Harriett—. Es humano tenerlo. Sé muy bien que Peter lo ha tenido en varias ocasiones. Es normal... Un *sheriff* realiza un trabajo que a la larga va destruyendo sus nervios... Y jamás he pensado que mi Peter fuese un cobarde. En cuanto a ese niño, no lo mató usted, sino unos desalmados. Supongamos que usted hubiese sacado su revólver y lo hubiesen matado... ¿Cree que luego no hubiesen huido disparando igualmente a todas partes? Y a lo peor, en lugar de matar a un solo niño, hubiesen matado a más, a varias personas... Debe olvidar todo eso, y volver a empezar. Estoy segura de que Pete lo admitirá como ayudante, y dentro de un par o tres de años, cuando él se retire, usted será el mejor *sheriff* que habremos tenido en Pine Springs.

—¿Yo... otra vez con una placa? Lo único que merezco...

* * *

—¿Está seguro de lo que dice, Palmer? —exclamó Leroy Loring, demudado el rostro.

—Completamente, señor. Pero ya conoce mis condiciones. Es lo único que le pido, que las cumpla.

Leroy se pasó la mano por la sudorosa frente.

—¡Dios...! ¡Si fuese verdad!

—No perdemos nada probándolo —sonrió desganadamente Glen—. Pero ni una sola palabra de esto a Gertrude. Ni a nadie. Tienen que hacerlo usted y Peter Ormandy, solos. De lo contrario yo no ganaría nada con esto, ya que no quiero dinero. Si se enteran de que hemos descubierto la jugada no vendrán.

—Pero si vienen... Si las cosas suceden como usted dice que tienen que suceder...

—Ésa es mi parte —dijo roncamente Glen Palmer.

—Bien... Naturalmente que acepto sus condiciones, muchacho. Esta misma noche, Pete y yo nos encargaremos de ello. Y luego buscaré a un hombre de confianza para que se quede, vigilando allí día y noche, a fin de avisarle a usted cuando ellos regresen...

—Pero no le diga más que lo imprescindible.

—Sí, sí, descuide... Todo se hará como usted ha dicho.

—De acuerdo entonces.

—De acuerdo... ¿Puedo hacer algo por usted ahora?

—Sí, señor. Quisiera levantarme y salir a tomar el sol en su porche — Glen volvió a sonreír amargamente—. Aunque no creo que a usted le satisfaga lucirme como su invitado, ¿verdad?

* * *

Ocho días más tarde, la presencia de Glen Palmer sentado en una mecedora en el porche de la magnífica casa de los Loring era ya aceptada como la cosa más natural en Pine Springs. Todos se habían calmado, Leroy Loring aseguraba que pronto saldría a flote, para lo cual pedía un margen de varios días de paciencia, y la gente del pueblo parecía satisfecha con el hecho de que Glen Palmer no les guardase rencor por haberle tirado boñigas. El «maestro» todavía un poco pálido y algo demacrado, ya no daba clases. Simplemente vegetaba al sol en el bonito porche, y finalmente, todos empezaron a preguntarse hasta cuándo duraría esto.

Y esto duró exactamente aquellos ocho días.

Duró hasta el anochecer de aquel octavo día.

El jinete apareció a todo galope por un extremo de la calle, llegó ante la casa de los Loring y desmontó de un salto, para subir al porche de otro salto. Sus ojos estaban desorbitados.

—¡Han llegado, señor Palmer!

Gertrude miró a uno y a otro, sin comprender. Se dio cuenta de que Glen había palidecido intensamente.

—¿Quiénes han llegado, Glen? —preguntó—. ¿De qué habláis?

Lentamente él se puso en pie.

—Gertrude —murmuró—. Voy a pedirte un último favor. El último que te pediré.

—¿Qué favor?

—No hagas más preguntas y quédate aquí. Quédate aquí. ¿Está claro?

—Sí, Glen.

—Gracias.

Él entró en la casa y salió pocos minutos después con el cinto, y sacando y enfundando el revólver varias veces. Ni siquiera miró a Gertrude. Simplemente, montó en el caballo del hombre que había llegado con la enigmática noticia, y partió en dirección al cementerio.

—Fred —pidió Gertrude—, ¿no quieres decirme qué pasa?

-Lo... lo siento, señorita Gertrude, pero no puedo... ¡Se lo juro!

Y echó a correr como un loco, alejándose hacia la plaza. Gertrude volvió a mirar hacia Glen, que cabalgaba sin prisa, pues sus heridas aún podrían abrirse en una galopada violenta. Y de pronto, Gertrude Loring tuvo miedo. Un miedo espantoso, terrible, porque comprendió que quizá Glen Palmer o Mike Davies, lo mismo daba, ya no pudiese regresar jamás a su lado.

Se puso en pie, dio un paso como dispuesta a echar a correr detrás del hombre que amaba, y de pronto volvió a dejarse caer en la mecedora. Y se quedó contemplando el cielo, tan rojo ya, tan intenso el color, que comenzaba a adquirir el tono morado de la noche.

Esperaría.

CAPÍTULO XI

—De acuerdo, —dijo Edgar Fisher—. Ya no esperaremos más, vamos a por ese dinero. Los mataron a todos, incluso a Lolita, así que no pudieron decirles la verdad a los de Pine Springs. ¡El dinero tiene que seguir ahí!

—Tú insistes en olvidar a Jack Owens y a Troy Ruggins —masculló uno de los hombres que estaban con él—. Pero yo creo que quizá ellos...

—Tonterías. Escucha bien esto, enviamos a Owens y a Ruggins primero, pero ellos, a última hora, debieron rajarse, y en vez de venir a Pine Springs se largaron el diablo sabe dónde. Peor para ellos, que no van a recibir ni un centavo... En cuanto a nosotros tengo la seguridad de que todo ha salido bien, de que nadie ha podido sospechar el truco, así que vamos a mi tumba.

Llegaron a ella riendo quedamente. En la inscripción, ciertamente, ponía Edgar Fisher, pero no era menos cierto que el pobrecito Edgar no estaba muerto, sino bien vivo, dirigiendo a los cuatro hombres que un par de semanas antes habían pasado por Pine Springs.

Con las cortas palas, comenzaron a cavar, hasta que apareció el ataúd. Edgar Fisher exclamó; impaciente:

—¡Vamos, sacad ya esa caja, maldita sea...!

—A mí sigue pareciéndome que cometimos una tontería no llevándonos el dinero —farfulló uno de los hombres.

—La tontería habría sido llevárnoslo. ¿Y si por cualquier causa nos hubiesen alcanzado? Si nos encontraban con el dinero encima, todo estaría bien claro. En cambio si...

—Está bien, está bien... ¡Venga, fuera con ella!

Entre los cuatro, de un tirón, sacaron el ataúd, lo colocaron a un lado. Edgar se arrodilló ante la caja, alzó los cierres y luego de un tirón violento la tapa, comenzando a reír.

Pero su risa quedó congelada en los labios al ver la caja vacía. Es decir, solamente había dentro de la caja metálica una rata muerta...

—¡No está! —chilló—. ¡No está el dinero del banco! ¿Cómo demonios? ¿Qué pasa? —se revolvió iracundo al notar que uno de sus hombres le tocaba

en un hombro.

El otro señaló hacia la entrada del cementerio, y los ojos de Edgar se entornaron al ver al jinete, inmóvil sobre la silla, mirándoles. El sol daba a su espalda como un último resplandor morado que agoniza.

—¿Quién es?

—No sé. Pero nos ha visto.

—Matadlo. ¡Maldita sea mi...! ¡Cómo esto sea alguna cochinada por parte vuestra!

—¿Qué estás tratando de decir? —respingó el otro.

—¡No estoy tratando de decir nada, pero el dinero debería estar aquí! ¿No es eso? ¡Id a matar a ese tipo y ya terminaremos este asunto! ¡Vamos, liquidadlo vosotros tres!

—Está bien, Edgar. Luego vamos a hablar sobre lo que has dicho.

Tres de ellos se volvieron de espaldas a la tumba, y comenzaron a caminar hacia el solitario jinete recortado en luz negra y roja, que entonces desmontó lentamente y volvió a quedar inmóvil. A medida que se iban acercando, los tres pistoleros iban percibiendo algo raro, algo frío, algo que los fue inquietando hasta el punto que, por fin, a menos ya de treinta yardas del desconocido, los tres se detuvieron.

-No me gusta ese sujeto... Acabemos enseguida y...

Fueron los primeros en llevar las manos a sus revólveres. Pero delante de ellos el rayo volvió a descargar por tres veces. Los fogonazos fueron perfectamente visibles en la oscuridad roja y morada y las balas disparadas por Glen David Palmer perforaron el aire con secos chasquidos en tres direcciones distintas, pero cercanas entre sí...

Junto a la tumba, el cuarto hombre lanzó un respingo al ver a sus tres compañeros saltar grotescamente al recibir los balazos que los arrojaron al suelo ya cadáveres, y en el acto echó a correr, exclamando:

—¡Larguémonos! ¡Debe haber más de uno, porque...!

¡Bang! restalló el disparo del revólver de Glen Palmer, a una distancia que parecía fuera de toda posibilidad. Y el hombre lanzó un aullido, dio un salto de campana, y cayó de bruces sobre una tumba, quedando inmóvil inmediatamente.

Edgar Fisher supo intuir que tenía ante él, ahora a solas, a un hombre cuya facilidad para manejar el revólver estaba fuera, de toda comparación; y, al mismo tiempo, supo intuir que aquel hombre no representaba a la ley ni a nadie, salvo a sí mismo, y que había ido allí a matar o a morir, que los había estado esperando, que sabía que ellos iban a volver...

Pero por muchas cosas que Edgar Fisher comprendiese, sólo una podía hacer en aquel momento. Intentarlo. A toda velocidad, como fuese, chillando, frenético, sabiendo que la vida era la baza en aquella desconcertante partida iniciada por el desconocido... Sacó su revólver, aún sabiendo que jamás había acertado un blanco a aquella distancia, que jamás conseguiría alcanzarlo.

¡Bang!, restalló allá, cerca de la entrada al cementerio, el revólver de Glen Palmer. Una vez más, Edgar Fisher lanzó un chillido, cayó de espaldas, se puso en pie aullando como un loco...

¡Bang!

Esta vez cayó como fulminado dentro del ataúd que días antes había ocupado, maquillado con cera y llevando en una caja metálica una rata muerta que convencería a cualquiera de que el muerto era el hombre que había en el ataúd... Ahora no había engaño; el muerto estaba muerto.

Y en el silencio del anochecer, Glen Palmer permaneció inmóvil unos segundos. Luego, guardó el revólver dio la vuelta, y regresó junto al caballo. Cuando estuvo en la silla, vio, a lo lejos, el grupo de personas, cada vez más numeroso, que corrían hacia el cementerio, pero, cuando se cruzó con ellas, pareció no verlas, no oír las muchísimas preguntas que le dirigían, todos excitados.

Y así, llegó a Pine Springs solo. Casi no quedaba nadie allí.

Solamente, en el porche, Gertrude Loring, esperándole.

ESTE ES EL FINAL

Se sentó en la mecedora, tranquilamente, junto a la que ocupaba la muchacha. Le sonrió levemente, y dijo:

—Gracias, Gertrude.

Gertrude Loring lo miraba con los ojos muy abiertos. De pronto, sonrió, y dijo:

—Va a hacer una hermosa noche, me parece.

—Sí... Lo parece.

—Glen; ¿has matado a alguien más?

—A cinco hombres.

—¿Era necesario? —palideció ella.

—Era necesario para mí y ellos lo merecían. Lo merecían sin lugar a dudas, Gertrude. En cuanto a mi necesidad de matarlos, tampoco admite dudas. Si al enfrentarme a ellos, ahora fríamente, conseguía dominar mi miedo, significaría que todo vuelve a estar bien en mí, que aquello ya pasó, que en realidad sólo fue el miedo de una vez, no que yo sea definitivamente un cobarde.

—¿Y dominaste tu miedo?

—Digamos que he tenido el miedo normal..., no el frío de aquella vez.

—Me alegro por ti. Parece que todo se irá arreglando. Y aunque ahora no podremos vivir como...

—Si vas a hablar de dinero, te diré que mañana mismo tu padre empezará a pagar a todo el mundo. Hace días que se recuperó lo robado. Estaba en el ataúd de aquel hombre que trajeron los mexicanos. Se lo dije a tu padre, y él a Ormandy. El dinero estaba allí y muy cerca encontraron una rata muerta... Creemos que el hombre que estaba en el ataúd llevaba esa rata consigo para que oliese a muerte. Pero él estaba vivo, y debía abandonar el ataúd cuando llevase allá el dinero... Ahora, está muerto de verdad. Yo sabía que, puesto que todos sus amigos que se habían quedado en Pine Springs habían muerto, ellos pensarían que nosotros no sospecharíamos el truco de esconder el dinero en el ataúd, y que volverían tarde o temprano a por el dinero.

—¿Cómo pudiste... sospechar una cosa semejante?

—En primer lugar, si los mexicanos disfrazados de mujer tenían algo que ver con el robo, sospechar algo así no era descabellado. Pero además, la tarde que fui a despedirme de ti había matado a otros dos hombres...

—Dios mío...

—No tuve más remedio —bajó la cabeza Glen—. Uno de ellos me había reconocido como Mike Davies, y sabía que yo era *sheriff*. Ya no debía saber más de mí, pero mi presencia en Pine Springs le hizo desconfiar y quiso eliminarme. Tuve que comprender más adelante lo que había estado hablando, y que él formaba parte de la banda, y el otro... Cuando todos los de la banda estuvieron aquí y no vieron a Ruggins y a Owens en el pueblo, debieron pensar que lo habían pensado mejor y que no querían tomar parte en el robo, así que lo llevaron a cabo sin ellos..., sin sospechar que estaban muertos y enterrados.

—Pero yo no he sabido que hayan enterrado a...

—Se lo dije a Ormandy, y él retiró discretamente del establo, pues si se sabía esto, quizá el resto de la banda se enterase y creyese que Owens y Ruggins habían hablado, en cuyo caso, nosotros lo sabríamos todo. No hubiesen vuelto, Gertrude. Y yo quería que volviesen a por el dinero... para darles su merecido. Por culpa de ellos murió Bobo, y por mi culpa... Si yo...

—Glen, no te tortures más. No fue culpa tuya.

Glen Palmer, o Mike Davies, cerró los ojos, y no contestó. Gertrude tampoco dijo nada más. Igual que Glen, cerró los ojos..., y ni siquiera los abrió cuando comenzó a oír el rumor de la gente regresando al pueblo. Todo el mundo gritaba, lanzaba exclamaciones de asombro, el nombre de Glen Palmer sonaba con insistencia... Sólo abrieron los ojos cuando ante ellos sonó la voz de Peter Ormandy:

—Ha sido una locura, Glen. Debiste dejarnos que te ayudásemos.

—Ya hablamos de eso. Y quedamos de acuerdo en que tenía que demostrarme a mí mismo lo que podía esperar de mi comportamiento futuro.

—Bien... Ya está hecho. Todos saben ya que recuperamos el dinero siguiendo tus indicaciones. Creo que si te presentases para alcalde echarían de Pine Springs al que tenemos ahora.

—No creo que me gustase ser alcalde.

—Quizá prefieras esto...

Glen Palmer cazó al vuelo el objeto que Ormandy tiró hacia él. Durante unos segundos, estuvo mirándolo, dándole vueltas, indeciso... Gertrude se

alzó de su mecedora, se colocó ante él, le quitó de las manos la estrella de cinco puntas, y la prendió en la cazadora de Glen Palmer.

—Me pregunto —susurró él—. Si realmente la merezco.

Peter Ormandy soltó un bufido.

—Ya basta de tonterías —gruñó—. Lo pasado, quedó atrás. Se merece la placa, porque es inteligente, frío, no tiene miedo de nada, y... ¡Demonios, y porque dispara usted con la velocidad del rayo, muchacho! Lo cual no es poca cosa en estas tierras, ya que... Bueno, adiós.

Peter Ormandy se marchó, después de guiñarle un ojo a Gertrude Loring, que se inclinó más sobre Glen Palmer, y susurró:

—¿Me permite usted que le dé un beso, alguacil?

Glen Palmer suspiró profundamente, y, más inescrutable que nunca el rostro, replicó:

-Me pregunto si un solo beso vale la pena. Pero, en fin por algo se ha de empezar.

— oOo —